17

«Crier havot!»

En el amanecer del 10 de mayo de 1940, la Wehrmacht cruzó las fronteras de Bélgica, Holanda y Luxemburgo —tres pequeñas naciones cuya neutralidad Hitler había prometido respetar—, y sus vehículos avanzaron hacia el Oeste y el Sur, en un gran arco de guerreras *feldgrau* y cascos plomizos que abarcaba 157 millas desde las islas Frisias, en el mar del Norte, hasta las bóvedas de la Línea Maginot. En el caos de la guerra siempre resulta difícil para la Prensa descubrir lo que ocurre verdaderamente, pero allí los comentaristas se hallaron enfrentados con una revolución en la tecnología militar, un ejército de tanques de Krupp, que, como William L. Shirer manifestara, «no tenía precedentes en las guerras por su magnitud, concentración, movilidad y poder de ataque», y que cuando comenzó a acercarse a los bosques de las Ardenas, «se extendió en tres columnas a lo largo de un centenar de millas más allá del Rin». En el quinto día, el dique de contención francés se rompió. Dos divisiones germanas de carros de asalto cruzaron el Mosa en las cercanías de Sedán, sobre un puente fabricado con pontones; al anochecer su avanzadilla tenía treinta millas de ancho por quince de profundidad.

Winston Churchill, el nuevo primer ministro de Gran Bretaña, se dirigió a París en avión el 16 de mayo, y preguntó al comandante en jefe francés, general Maurice Gamelin: «*Ou est la masse de manoeuvre?*» Gamelin no era reservado en materia estratégica, y encogiéndose de hombros, repuso: «*Aucune*». («No hay ninguna».) Al cabo de setenta y dos horas, una incontenible falange de setenta divisiones panzer, avanzando hacia el Oeste, más allá de las antiguas trincheras de la línea Hindenburg, se hallaba a cincuenta millas del Canal de la Mancha.

La fuerza expedicionaria británica, todos los soldados belgas y los tres ejércitos franceses, quedaron cercados por una estrecha red de Kruppstahl. El sábado 18 de mayo, Churchill ordenó a sus tropas que volvieran a las Islas desde el nordeste. «Considero que no tenemos suficientes tropas dignas de confianza en Inglaterra —informó al jefe del Estado Mayor imperial—, en vista del gran número que pueden aterrizar con transportes aéreos, precedidas de paracaidistas.» (1).

Al mediodía de esa misma jornada un comerciante de arte bávaro, llamado Artur Rümann, se sentaba a comer en un elegante club de Düsseldorf en compañía de tres industriales del Ruhr. Por su parte, el gene-

ral Jodl, cuando se hizo evidente el éxito del avance germano, escribió en su diario: «El Führer está fuera de sí de alegría.» Rümann llevaba, asimismo, un diario, que, a su modo, también resulta una contribución histórica tan valiosa como la del general. A semejanza de Jodl, Rümann sentíase igualmente esperanzado, pero por una razón muy diferente. Había criticado abiertamente al régimen, y, en consecuencia, cada vez le resultaba más difícil ganarse la vida. Por último se puso a trabajar como agente cultural. En el día al que nos referimos esperaba realizar una venta. Su anfitrión, un gerente de Henkel llamado Lübs, estaba casado con una antigua amiga de la familia Rümann. Lübs era un sagaz coleccionista, y Rümann representaba al propietario de un valioso cuadro. El agente necesitaba la comisión y esperaba obtenerla. Pero fracasó. A semejanza de los británicos, los belgas y los franceses, se vio perjudicado por el avance de Sedán (2).

Durante la comida, el teléfono del comedor privado empezó a sonar. Lübs pidió que le disculparan. «El joven Krupp va a venir aquí», manifestó al volver a la mesa, y cuando estaban dejando a un lado las servilletas, entró Alfried en el salón. El comerciante de arte le fue presentado, pero no había demasiado tiempo para hablar, ya que todos querían oír las noticias radiadas de las dos de la tarde. En una habitación contigua se reunieron ante una radio, en torno a una pequeña mesa de fumador. Uno de los comerciantes había llevado un mapa. Lo extendió sobre la mesa y todos los ojos lo observaron ansiosamente mientras el locutor daba nombres, estableciendo la penetración del avance de la Wehrmacht.

Hasta el momento, los comunicados no habían mencionado a Francia, pero según anotó Rümann, «en Holanda la situación se había consolidado tanto que era posible que sobresalientes miembros de la economía pudieran viajar ahora hasta allí. La tensión de aquellos señores creció perceptiblemente; la radio fue apagada, o bajado su volumen, y los cuatro caballeros señalaron con el dedo a ciertos lugares de Holanda». Se les oyó parlotear excitadamente: «Aquí está el pueblo... Ahí está Müller, es suyo». Y también: «Ahí está herr Schmidt... Tiene dos fábricas, haremos que le detengan.» En determinado momento, Alfried dijo a uno de los del grupo: «Esta factoría es de usted» (3).

En resumen, estaban actuando según el medieval grito europeo de «*Crier havot!*», la orden teutónica de pillaje del siglo XIV. Rümann, que estaba detrás de ellos, escribió más tarde:

> «Parecían buitres reunidos en torno a la carroña [*um ihre Beute versammelten Aasgeiern*], y pueden creer que un hombre como yo, un historiador de arte que dedicó su vida a la difusión de la cultura, estaba trastornado al ver aquello.»

Lleno de disgusto, Rümann colocó una mano sobre un hombro de su anfitrión, y le dijo: «Herr Lübs, ¿puedo marcharme? Creo que no estoy en el sitio que me corresponde.» Se daba cuenta de que «había perdido un negocio vital» para él, pero en ese momento no le importó. Lübs se hallaba ocupado telefoneando a su oficina para que consiguieran pasaportes especiales para él y los demás que estaban absortos en la contemplación del mapa. Rümann se deslizó silenciosamente fuera de la habitación, para no volver a reaparecer en la vida de Alfried hasta el proceso de Nuremberg, cuando actuó como testigo (*) (4).

(*) El doctor Rümann fue, desde entonces, conceptuado desdeñosamente en Essen, como un «altícher Kunsthändler» (anciano anticuario), pero no era merecedor de tal desdén. Autor de cuatro libros, estaba diplomado en las universidades de Berlín, Munich y Heildelberg. En la primavera de 1940, cuando registró el anterior episodio en su diario, tenía cincuenta y dos años, y durante la última visita del autor de este libro a Munich, aún conservaba su lucidez mental.

Ya antes de la invasión de Polonia, el Führer había invitado a los magnates alemanes a que le presentaran unas listas de las propiedades perdidas en 1918, y Gustav solicitó que le restituyeran sus posesiones de Lorena. La República de Weimar le había compensado ya por ello, pero la solicitud era razonable comparada con lo que realmente ocurrió. Al quedar anulada toda resistencia aliada, las condiciones se alteraron completamente. No se necesitaba hacer una reclamación legal para obtener una propiedad enemiga; sólo se requería llegar allí el primero, y persuadir a los funcionarios del gobierno militar para que intercedieran. Esto era, desde luego, un bandidaje declarado, pero técnicamente ese pillaje se disfrazaba con el término de «arriendo», por más que, a semejanza de la mayoría de los subterfugios nazis, resultaba perfectamente claro.

Mientras las tropas francesas se retiraban hacia Vichy, Goering envió a Krupp instrucciones secretas por intermedio de la oficina de operaciones de las fuerzas armadas *(Wehrmachtsführungsamt)*, señalando que «una de las metas de la oficina económica alemana es el incremento de la influencia germana en las empresas extranjeras. No puede saberse de qué forma el tratado de paz considerará el asunto de la transferencia de posesiones y lo demás, pero es necesario, aun ahora, que toda oportunidad se utilice para facilitar a la economía alemana el logro de una posición sólida, incluso durante la guerra.» El Hauptverwaltungsgebäude, respondiendo a esta llamada, avisó a todos los agentes de la firma que se hallaban en los países ocupados, que «puesto que los intereses de Krupp debían ser favorecidos cuando surgiera la oportunidad», las noticias de las fábricas disponibles serían despachadas rápidamente desde Essen (5).

La situación especial de la firma en relación con las fuerzas armadas le facilitaban su papel de expoliación. Indudablemente que sólo ese prestigio hubiera sido suficiente para garantizar el logro de buena parte de los despojos, pero la deuda del Reich con Krupp seguía creciendo. En Holanda, los agentes que quedaron cuando la encubierta fábrica de submarinos cesó en la I. v. S., pudieron informar a las autoridades de ocupación acerca de valiosos elementos que se habían escondido. Con frecuencia les llevaban hasta el mismo lugar. Los holandeses consideraron eso una injusticia, ya que sin su indulgente hospitalidad, la flota de submarinos del OKM *(Oberkommando der Kriegsmarine,* el alto mando de la armada alemana), nunca hubiera llegado a su actual poderío; pero los gobernadores militares se mostraron agradecidos por el gesto de los representantes de Krupp.

De mayor importancia aún era el hecho de haberse afiliado Alfried a dos importantes organizaciones establecidas para encauzar el pillaje: la Reichsvereinigung Eisen (Asociación del Hierro del Reich, o RVE) y la Reichsvereinigung Kohle (Asociación del Carbón del Reich, o RVK) (6).

Como miembro del directorio de la RVK y presidente de su comité de organización, Alfried se hallaba estratégicamente situado, pero su papel en la RVE era aún más significativo. Formada en el tercer año de la guerra, la Asociación del Hierro era una de las camarillas semiautónomas que gozaban de absoluta libertad en nombre del Führer. Alfried, lleno de júbilo por su nombramiento, escribió a su padre:

Essen, 29 de mayo de 1942.
Gusstahlfabrik.

«*Lieber Papa,*

»Muchas gracias por tu carta, de fecha 26 del presente mes.

»El doctor Müller y yo fuimos ayer a ver al ministro del Reich

Speer, el cual en seguida me nombró para el Rüstungsrat. Además, me informó que él, junto con el ministro del Reich de Economía, habían sugerido mi nombre como presidente delegado para la Asociación del Hierro del Reich, que va a constituirse... He aceptado ese puesto principalmente porque estoy convencido de que Fried. Krupp debe desempeñar una parte principal en la nueva Asociación del Hierro del Reich [*Ich habe diese Ernennung hauptsächlich aus dem Grunde angenommen weil ich davon überzeugt bin, dass Fried. Krupp eine führende Rolle bei der neuen Reichsvereinigung Eisen spielen muss*].

»Herr Speer me prometió una vez más venir a Essen, pero aún no le fue posible fijar la fecha.

»Con muchos saludos para ti y mamá,

»ALFRIED» (7)

Albert Speer manifestó posteriormente que consideraba al presidente delegado como uno de los «tres hombres más competentes» *(drei weise Männer)* de la RVE (*). Según los registros de esta asociación, el 22 de julio de 1942:

«...*Alfried Krupp, der die RVE vertrat, wohnte mit Speer einer Sitzung des Zentralen Planungsausschusses bei... sowie anderen, im Laufe derer beschlossen wurde, 45.000 russische Zivilarbeiter in die Gusstahlfabrik, 120.000 Kriegsgefangene und 6.000 russische Zivilisten in die Kohlengruben einzusetzen, sowie auch gesundheitliche Forderungen für den- Sinsatz von Kriegsgefangenen zu stellen, welche niedriger waren, als die Forderungen für in den Kohlengruben beschäftigten deutschen Arbeiter.*»

«...Alfried Krupp, representante de la RVE, asistió a una sesión de la Junta Central de Planificación, junto con Speer y otros, en el curso de la cual se decidió emplear 45.000 civiles rusos en la fábrica de acero, 120.000 prisioneros de guerra y 6.000 civiles rusos en las minas de carbón, y situar el nivel de salud y físico exigido para reclutar prisioneros de guerra, a una escala más baja que la requerida para los alemanes empleados en las minas de carbón.» (8).

Entre las creaciones más sombrías de Alfried figuran la Holland's Rijksbureau voor Ijzer en Staal, una entidad alemana que sistemáticamente ordenadaba a las firmas holandesas depositar, en fondos de confiscación, determinadas cantidades de hierro, acero y aleaciones. En esto los estudios y la práctica de Alfried en ingeniería demostraron ser inapreciables. Sabía lo que poseían los holandeses, lo que necesitaba Krupp, y cómo se localizaban los minerales de calidad (9).

La actuación fría y metódica de los vencedores, combinada con el empleo implacable de la fuerza, proporcionó beneficios fenomenales. Berlín llegó a obtener unas exacciones de ocupación de siete mil millones de dólares al año, sólo de Francia, es decir, cuatro veces más de lo que pagaba anualmente la República de Weimar según los planes de Dawes y Young. Esto último había sido denunciado por Hitler, en su época, como una injusticia criminal.

Sin embargo, Alfried estaba pensando siempre en una nueva forma de incrementar las ganancias. Poniendo su codiciosa mirada en las propie-

(*) Los otros dos eran Hermann Röchling, el rey del acero del Sarre, y Walter «Panzer» Rohland, del Deutsche Edelstahlwerke.

dades europeas de los ciudadanos de Estados Unidos, escribió a un colega del Vorstand preguntándole qué medidas «se habían tomado para asegurarse la dirección de las empresas que nos interesan, en caso de que las propiedades norteamericanas fueran confiscadas como represalia contra los norteamericanos». Una segunda carta sugería la apropiación de una empresa determinada de Estados Unidos: «La Singer Sewing Machines es, a mi entender, de propiedad norteamericana. El nombramiento de administradores, como represalia contra los norteamericanos, no debe tardar en producirse. Tal vez un miembro de Krupp pueda ser designado administrador» (10).

La conferencia de Paz de La Haya, de 1899, donde el conde Georg Münster había firmado en nombre de Alemania, se mostraba explícita en relación con la inviolabilidad de las propiedades privadas en tiempo de guerra. Declaraba que «si como resultado de una acción de guerra, un beligerante ocupa un territorio adversario, "no" puede adquirir por ello el derecho de disponer de las propiedades en ese lugar... La economía del territorio ocupado bélicamente deberá mantenerse intacta..., del mismo modo que los habitantes del país en cuestión no serán forzados a ayudar al enemigo en la lucha contra su propio país y sus aliados, y del igual forma, las posesiones económicas del territorio ocupado no serán empleadas de tal manera». Hitler había torpedeado el Tratado de Versalles, pero no denunció los Artículos de La Haya, y Alfried lo sabía. Como miembro del Verbindugsstelle Eisen für Schrifttum und Presse, una organización que suministraba a los industriales nazis más poderosos informaciones confidenciales, Alfried recibió un recorte del *Financial Times* británico, junto con la correspondiente traducción al alemán. Después de la guerra ambos papeles fueron hallados en su archivo personal. El artículo señalaba explícitamente el siguiente punto:

> «Más pronto o más tarde, los Aliados tendrán que redactar sus listas de criminales de guerra..., se espera que aquellos que hayan ordenado o ejecutado un saqueo de cualquier especie, no serán dejados de lado. Es un principio indiscutible el que la expoliación de los territorios ocupados se considera como un crimen de guerra.» (11).

Al ser ocupado París, los victoriosos alemanes se establecieron en su mayoría en las proximidades del Arco de Triunfo: en la Avenida Kléber, a lo largo de la Avenida Foch (donde se estableció el cuartel general de la Gestapo), y en las elegantes residencias de los millonarios franceses. La oficina de Alfried se hallaba situada en el 141 del Boulevard Haussmann, a nueve manzanas del Arco. El edificio, que aún sigue en pie, es una mansión grisácea de cuatro pisos, con una fachada muy ornamental y bruñidos herrajes de bronce. Existe una historia relativa a la forma en que Krupp se hizo con la casa. Antes de la caída de Francia, la mansión había pertenecido a la Sociedad Bacri Frères, una firma judía. El agente de Krupp en París, Walter Stein, le echó el ojo al edificio ya durante la crisis de Munich. Cuando llegó el comisario nazi para asuntos judíos, Stein le persuadió para que confiscase el número 141 de la calle y lo entregara a la nueva organización, Krupp Societé Anonyme Française. Su administrador era un Kruppianer llamado Leon Schmitt, el cual se hallaba en excelentes relaciones con Richard Sandre, administrador provisional de las posesiones de los Rothschild (12).

Alfried no pasaba mucho tiempo en París, pues se hallaba viajando casi continuamente por los territorios ocupados, en su nuevo papel como

los *Vernichtungslager* (campos de exterminio), el delegado local de Eichmann ordenó que se mezclaran adultos y niños en la misma proporción en que estaban distribuidos en la población general: «Los judíos que lleguen de la zona no ocupada serán mezclados en Drancy con niños judíos que ahora están en Pithiviers y Beaune-la-Rolande» (20).

Rothschild fue destinado al primero de esos trenes. Pasó sus últimas setenta y dos horas tratando de consolar a los huérfanos, que estaban demasiado aterrados o eran muy pequeños para entender las órdenes que les ladraban los miembros de los destacamentos de la Calavera *(Totenkopfverbände)*, tropas de asalto de un cuerpo de las SS que lucían una calavera con dos tibias sobre sus guerreras negras.

Ese primer tren fue dispuesto rápidamente. En la víspera de su partida, el comandante de Drancy escribió que «deportaba» un considerable número de internados. La cifra, judío más o menos, era de 49.000 personas. A la mañana siguiente las cifras aumentaron. Mientras comenzaba a amanecer sobre el horizonte oriental del Reich alemán, un enorme *Gruppe* fue empujado a los vagones de carga y transportado hacia su destino. Robert Rothschild se hallaba entre ellos. El problema de Krupp iba así a resolverse mediante la versión más aterradora de la Solución Final. El trágico viaje finalizaba en Auschwitz. Allí, debajo de la amplia y ahora famosa puerta con la inscripción: «ARBEIT MACHT FREI» (El trabajo os hace libres), los desesperados viajeros permanecían mudos mientras un funcionario de Krupp gritaba «*Links!*» o «*Rechts!*», diciéndoles hacia dónde debían dirigirse.

Para Rothschild fue *Links*, aunque la declaración de Celap en Nuremberg se limita a establecer que su opulento cuñado fue «enviado el 7 de marzo de 1944 a Auschwitz, de cuyo campo nunca volvió, o desde el cual nunca dio señales de vida». Lo declaró así porque no soportaba dar más detalles. Los treinta y siete abogados de Krupp, presumiendo que no podía dar esos datos, quisieron apoyarse en eso, y al interrogarle llegaron a un resultado inesperado:

P: «...Nunca regresó. De ello usted deduce que murió allí. ¿Tiene alguna prueba que confirme su declaración, con exactitud?»

R: «Yo no me encontraba allí cuando él murió, desde luego, si eso es lo que usted quiere decir, pero he conocido a una persona que fue deportada al mismo tiempo que él, y que estuvo a su lado en los tres días y las tres noches de su traslado hasta Auschwitz. Llegaron a Auschwitz al anochecer del 10 o del 11 de marzo, y de 1.500 personas, cien hombres y treinta mujeres fueron colocados a la derecha. A los demás los situaron a la izquierda, y de los que permanecieron en el campamento jamás volvió a saberse nada. Creo que la explicación es concluyente.»

P: *(Breve silencio.)* «¿No sabe nada más concreto, testigo?»

R: «Si usted desea que lo diga..., creo que es una razonable deducción manifestar que él nunca regresará.»

El abogado alemán cambió rápidamente de tema, pero según observó el tribunal en su veredicto, se había establecido la brutal cuestión: Rothschild había muerto en la cámara de gas para enriquecer a Krupp.

Liancourt resultó más complicado que la mayor parte de las respuestas de Krupp al «*Crier havot*»; dos famosos nombres europeos se hallaban complicados en el asunto, y era preciso observar las debidas formalidades. «Testigo, usted hace un grave cargo contra Krupp —dijo directa-

mente el defensor adjunto de Alfried a Celap, cuatro años después de cometido el crimen—. No estamos tratando ahora acerca de una compañía, sino que se trata de seres humanos, de carne y hueso.» Y lo cierto es que la mayor parte de los cargos acumulados contra Krupp se referían a seres humanos; la mayoría eran casos estremecedores, pero pocas víctimas recibieron tanta atención legal como Rothschild. La dificultad residía en que la víctima poseía un escudo de armas tan impresionante como el victimario. Por eso Krupp quiso que todo quedase rápidamente liquidado. En ningún otro caso de saqueo se procedió así con la víctima. En la mayor parte de los casos se la desalojaba simplemente de sus propiedades, o si éstas eran más útiles en el Ruhr, se la echaba a un lado mientras se trasladaban allí los efectivos que interesaban.

En una tarde de abril de 1941, por ejemplo, Robert Koch, director técnico de la Societé Alsthom (21), de Belfort, y empleado durante veinte años en los talleres, se hallaba supervisando la producción de calderas cuando a través de una ventana observó que la maquinaria más valiosa de la empresa, una gran laminadora que valía unos 700.000 francos, estaba siendo examinada por un oficial naval y varios civiles de extraño aspecto. Cuando se dirigía corriendo hacia ellos, vio que colocaban en el aparato un gran cartel en el que decía «BESCHLAGNAHMT» (propiedad confiscada) (22). Más tarde, Koch manifestó secamente: «Ninguna de aquellas gentes, ni el oficial de la marina ni los que le acompañaban, se preocuparon de darse a conocer. Eran los amos, y consideraban que podían hacer lo que querían.»

Como Koch protestara, afirmando que aquel artefacto era esencial para la fabricación de los productos, un civil se adelantó, identificándose como herr Eisfeld, ingeniero de Krupp. Explicó que necesitaban la laminadora para obtener gruesas planchas para el Reich alemán. Koch se mostró indignado, y repuso que la máquina había sido proyectada para fabricar planchas delgadas; y que si se la empleaba mal, se estropearía. Esa misma noche expuso por escrito sus objeciones, y recibió a cambio un ofrecimiento de pago. Como la oferta era seis veces menos que el valor de la laminadora (aparte de que remplazarla resultaba imposible en tiempo de guerra), volvió a escribir de nuevo.

Le contestó un *Generalstabsintendant,* civil perteneciente al Gobierno Militar, con rango equivalente al de general de división, el cual afirmó ásperamente que la negativa a aceptar la oferta significaba que «el pago de la compensación por parte del Reich será denegado en adelante». De nada valía apelar a cualquier otro organismo. El embajador extraordinario de Vichy en la zona ocupada de Francia había decretado que en tales casos los propietarios debían negociar directamente con los alemanes. Tres días después llegaron unas cuadrillas de desmantelamiento que cargaron la laminadora en unos vagones destinados a Rheinhausen. Más tarde Koch se enteró de que Krupp estaba empleando su maquinaria para el programa OKM Jäger, la producción en masa de submarinos (23).

Alsthom era subsidiaria de una empresa mucho más importante y prestigiosa, la SACM (Corporación Alsaciana de Construcciones Mecánicas), o, como la rebautizaron los alemanes, la Elsässiche Maschinenbau, A. G. (Elmag) (24). SACM-Elmag producía maquinaria textil en Mulhouse desde 1816, y tenía una reputación internacional. Durante cerca de treinta y seis meses después del hundimiento francés de 1940, la gran factoría no se hizo necesaria, y no se la tuvo en cuenta. Luego, Essen comenzó a sentir el peso de los bombardeos de la RAF. Anteriormente, el 9 de agosto de 1939, Goering, jactándose de su invencible Luftwaffe, prometió a los Schlotbarone: «El Ruhr no será sometido a un solo bombar-

deo. Si algún aparato enemigo llega al Ruhr, mi nombre no es Hermann Goering; ¡podréis llamarme Meier!»

Pero Krupp no creyó a Goering. El triunvirato Alfried-Löser-Görens esperaba «algunas» incursiones aéreas, mas no previó el que hectáreas completas de talleres quedasen destruidas, sin embargo, y cuando los cobertizos de Krawa fueron arrasados en dos noches, de nuevo se pusieron a mirar los mapas. Inculpar al desacreditado *Reichsmarshall* era perder el tiempo. Hermann «Meier» se había evadido de la realidad retirándose a Karinhall, su palacio campestre. Al tiempo que él se venía abajo, lo mismo sucedía con el arma aérea del Reich, por lo que en la mañana del 16 de marzo de 1943, Alfried decidió trasladar lo que quedaba de Krawa a algún lugar fuera del Ruhr. Había dos posibilidades: Elmag, y las factorías Tatra, de Checoslovaquia. Después de inspeccionar ambas, se decidió por la primera (25).

Como de costumbre, no se consultó a los propietarios; el 31 de marzo Alfried negoció un convenio con el Gobierno Militar de Alsacia para apoderarse de la firma *(Betriebsüberlassungsvertrag)*. El comprador informó al vendedor que «como empresa alsaciana con participación de intereses predominantemente enemigos, Elmag quedaba sujeta a reglamentaciones relacionadas con la propiedad enemiga». Hasta entonces la firma había estado supervisada por un «gerente provisional» *(kommissarische Verwaltung)*. Este sería remplazado ahora por arrendatarios de la empresa Krupp. Los accionistas de la SACM se opusieron con todas sus fuerzas al cambio, pero prácticamente cuando se enteraron de todo, ya los Kruppianer entraban a raudales por la puerta de la fábrica. Alfried no tenía intención de ceder en la «adquisición» de la nueva empresa. Una nota hallada en sus archivos y fechada el 27 de marzo lleva anotado: «Respecto a la sugerencia de [Karl Otto] Saur, sobre la compra de Elmag por Krupp, esto puede hacerse por medio de negociaciones.» Por entonces Krupp ya había adquirido una notable experiencia para hacerse con la propiedad ajena y dedicarla a la producción de armas. Las líneas de montaje de SACM-Elmag fueron rápidamente transformadas para fabricar planchas de blindaje, tractores militares y piezas del 88. Varias misiones especiales de búsqueda rondaron por toda Francia y confiscaron algún equipo más (26).

Después del Día D, de Normandía, los trabajadores alsacianos comenzaron a desaparecer por los montes a un ritmo alarmante. Pero Essen se hallaba preparada para eso. El 5 de julio un mensaje por teletipo informó a los directivos de Krupp, en Mulhouse, que Oranienburg KZ (*Konzentrationslager*: campo de concentración), situado al noroeste de Berlín, enviaba *ein Maximum von 1.250 KZ-Arbeiter* (un máximo de 1.250 trabajadores de los campos de concentración). La forma de tratarles puede deducirse por el hecho de que después de la guerra una comisión de desnazificación sentenció al jefe del campamento, Ernst Wirtz, a ocho años de trabajos forzados, y también por los testimonios de Nuremberg, que dicen:

> «Una partida de 30 a 60 internados en el campo de concentración llegaron los primeros a la fábrica Elmag con el fin de construir un campamento destinado a alojar a mil prisioneros... Los trabajadores locales de Alsacia se mostraron tan indignados por las condiciones reinantes, que protestaron abiertamente y amenazaron con la huelga, mientras los prisioneros del campo de concentración fueran tratados tan mal [*so lange die KZ Arbeiter so misshandelt würden*].» (27).

Pero eso no importaba. Krupp se había preparado para todas las contingencias posibles, incluyendo el apoderarse de Alsacia. Cuando las tropas norteamericanas se aproximaban, en agosto de 1944, otro memorándum interior hallado en los archivos de Alfried revela: «Por razones de seguridad, el primer contingente de internados KZ destinado a nosotros, fue... llevado fuera de la fábrica. La operación KZ había cesado.» Entonces Krupp se limitó a desmontar sencillamente las factorías de Elmag —había tres de ellas—, y las trasladó a Baviera, junto con los obreros de los campos de concentración (28).

Cuando el pillaje alcanzó su apogeo, Alfried se dio una vuelta por Europa, con una misión especial, en un caza de la Luftwaffe debidamente preparado. Nunca pilotó él mismo, porque, según explicó al autor de este libro, «había gran diferencia entre los aviones particulares y los militares» (29). Su experiencia y graduación como Standartenführer de la aviación nazi le permitía tomar los mandos de un aparato de caza, pero con tanto trabajo burocrático como tenía entre manos, no podía permitirse ese lujo. En consecuencia, se sentaba en el puesto del copiloto, con un bloc de notas en las rodillas, y se ponía a hacer cálculos.

Conforme se iba ampliando la intrincada red de la expoliación, los directores de Krupp en Altendorferstrasse anotaban las nuevas «adquisiciones» en los libros de contabilidad de la *Muttergesellschaft*, pero dando cautamente a cada entrada un valor simbólico. Apreciar la suma total del botín resulta imposible, pero sin duda las conquistas de Hitler hicieron de Krupp el mayor magnate que existió en el mundo del comercio. Antes de que la marea nazi comenzase a descender, Alfried gobernaba un imperio económico que se extendía a través de doce naciones, desde Ucrania hasta el Atlántico, desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo. Disponía de fábricas en todas partes, de un complejo de astilleros en Holanda, y de yacimientos de mineral en Grecia, Rusia, Francia, los Sudetes, Noruega y Yugoslavia. Con anterioridad al Día D y a la iniciación de la Rührhilfe-Aktion (literalmente, acción para la asistencia del Ruhr), por la cual las factorías víctimas eran despojadas de maquinaria y equipo, dejando sin nada a los industriales de las naciones ocupadas, el administrador kruppsche de Holanda era responsable ya de empresas situadas en Rotterdam, Hilversum, Dordrecht y Gorinchem. De haber sugerido alguien del Hauptverwaltungsgebäude que los Krupp pronto lo perderían todo, esa persona hubiera sido considerada como un loco de atar. Nadie llegó a caer en tal error. Incluso durante la Rührhilfe-Aktion, la confianza dominaba por completo a Alfried y a todos los que le rodeaban. Todos tenían fe en *Sieg*.

En los territorios sometidos, los incautos —y había muchos— esperaron generosidad de los vencedores. Nada de eso ocurrió. Las características menos inesperadas de *die Firma* y del Reich salieron a relucir durante esos años. Había cierto regusto brutal en su comportamiento, cuya memoria aún se conserva vívida en los países que dominó la Wehrmacht. A semejanza de los guerreros escitas, que siglos antes de Cristo bebían la sangre de sus enemigos muertos, y empleaban sus cráneos a modo de copa, los alemanes de 1939-1945 se mostraron crueles en el triunfo. Se jactaban de llegar «como conquistadores, no como libertadores» [*als Eroberer, nicht als Befreier*). Más tarde hablarían de la «política insensata de Hitler» (*Hitlers wahnsinnige Politik*); pero en los comienzos no tenían semejantes recelos, y si la conducta del Führer en algún momento les hacía dudar del buen juicio de éste, procuraban hacer caso omiso de su preocupación. Lo cierto es que aquellos que tenían espíritu de piratas, como el propio Alfried, se aplicaron al pillaje hasta que su pasión quedó suficientemente saciada.

Pero en el caso de Krupp esto no sucedió. En realidad, conforme progresaba la guerra, el ejercicio del poder de Alfried se hacía cada vez más tiránico. Al principio obraba más solapadamente. En setiembre de 1940 llegó a un acuerdo secreto con herr Neuhausen, cónsul general de Alemania en Belgrado. Siete meses más tarde la Wehrmacht invadió Yugoslavia y el convenio dio sus frutos: todas las existencias de la compañía minera Chromasseo le fueron arrebatadas a su propietario, Moisés Asseo, y divididas a partes iguales entre Krupp y Goering, al tiempo que se nombraba a un joven directivo de Essen como administrador de guerra, *Kriegsverwaltungsrat.* (Goering insistió en abonar 400.000 dinares como compensación; su socio no alcanzaba a comprender por qué «insistía tanto en hacer un pago... que beneficiaba a una entidad judía».) En una nota interna, Krupp observó con orgullo que «no había otra [empresa] que hiciera más esfuerzos por explotar intensamente los yacimientos yugoslavos de mineral de cromo». Pero en Belgrado, al menos, se habían observado las formas legales. Durante los dos años siguientes, en cambio, Alfried, se quitó la máscara. Después del desastre de Pearl Harbour fundó la Krupp-Brussels S. A., a fin de desmantelar las fábricas belgas y trasladar su maquinaria al Ruhr. El 11 de junio de 1942, advirtiendo que un propietario holandés de astilleros se resistía al expolio, Krupp manifestó: «Herr Wortelboor es holandés. Manifiestamente no tiene deseos de favorecer los intereses de la armada alemana... El doctor Knobloch informará a la marina sobre nuestra forma de ver las cosas, y pedirá que ésta ejerza cierta presión sobre Wortelboor» (30).

Bajo el disfraz de enviado del RVE y el RVK, Alfried se apoderó de las minas de tungsteno de Montbelleux, en el norte de Francia, «sin comunicar nada —según declaró más tarde un juez de Nuremberg—, y sin efectuar una petición». Eso era en agosto de 1942. Para entonces la comedia de la «compra» o el «arriendo» de factorías había terminado. En su veredicto, el tribunal de Nuremberg escribió: «Consideramos que se ha establecido claramente, con la suficiente evidencia, que desde 1942 en adelante se cometieron actos ilegales de expoliación y pillaje por la firma Krupp, y en beneficio de ésta, en gran escala en Holanda, y que especialmente desde setiembre de 1944 hasta la primavera de 1945, ciertas industrias de los Países Bajos fueron explotadas por el potencial bélico alemán del modo más implacable, sin consideración alguna a la economía local, y como consecuencia de un deliberado designio político.» En ocasiones Krupp iba demasiado lejos, incluso en opinión de sus compatriotas, los alemanes. Así, por ejemplo, en diciembre de 1944, los técnicos de *die Firma* llegaron a la ciudad holandesa de Dordrecht, a doce millas de Rotterdam, para confiscar equipo perteneciente a la empresa Lips. Dos funcionarios alemanes de ocupación se presentaron en el apogeo de las actividades de desmantelamiento, y llamaron «ladrones» a los Krupp (31).

Holanda era considerada como neutral. El único inconveniente que tenía Hitler con los holandeses fue que sus diques y molinos de viento se interponían entre la Wehrmacht y Francia. En Rusia la situación era muy diferente. Para la mentalidad nazi, la *Fall Barbarossa,* como el Führer llamaba a la guerra en el Este, era una cruzada contra el mal (32). «¡Cuando comience Barbarossa —dijo a sus generales superiores en la tarde del 3 de febrero de 1941—, el mundo se quedará boquiabierto y no sabrá qué comentar!» *(Wenn Barbarossa steigt, wird die Welt den Atem anhalten und sich still verhalten!)* Aun hoy día el comentario parece inadecuado. El alcance del crimen, la falta de escrúpulos de los

hombres que había detrás del asunto, y la premeditación con que actuaron, fueron algo nunca visto. Ya en enero de 1941 el agregado comercial de Estados Unidos en Berlín se enteró de la operación Barbarossa y de los proyectos que se hacían para la explotación económica de la URSS, una vez ésta estuviera derrotada.

Eran planes estremecedores y cuidadosamente elaborados, pues el Führer decretó a comienzos de marzo que «la guerra contra Rusia será de tal forma que no podrá ser llevada a cabo de modo caballeresco. En la contienda pesan diferencias ideológicas y raciales, y deberá actuarse con una dureza e inflexibilidad sin precedentes... Rusia no ha participado en la Conferencia de La Haya, y en consecuencia no tiene derechos al respecto». Más tarde Hitler decidió que el articulado de la Convención no cubría a *ninguno* de los enemigos del Reich, si bien la guerra en el Oeste, nunca alcanzó la ferocidad que en el Este, debido a que en ninguna otra parte el salvajismo se organizó tan concienzudamente. El saqueo era una parte del plan general. Todas las pertenencias soviéticas fueron declaradas «propiedades destinadas a la economía nacional» *(Wirtschafts-Sondervermögen)*, y el descarado pillaje planeado por Alfried y sus tres amigos aquella tarde de mayo en Düsseldorff, fue remplazado por una asignación oficial de prioridades (33).

Sin embargo, la firma industrial preferente era Krupp, precisamente. De todos los puntos del mapa ruso, el más codiciado era la extensa y sumamente rica región de Ucrania, «esa golosina de faisanes dorados», como la llamó Fritz Sauckel, el reclutador de trabajadores civiles para Hitler en los territorios ocupados. Ucrania era la despensa de Stalin, y con sus yacimientos de hierro, sus minas de carbón y factorías de acero, también era el Ruhr del gobernante soviético. En mayo de 1941, Alfred Rosenberg explicó a los industriales del Reich que los cuarenta millones de habitantes de Ucrania se convertirían en súbditos de «un Estado independiente aliado de Alemania»; en resumen, en una colonia germana.

Mientras tanto, se la despojaría por medio de organismos semioficiales. Las pertenencias serían administradas por una entidad llamada el Berg- und Hüttenwerksgesellschaft Ost G. m. b. H. (BHO), literalmente, Compañía de Minería y Fundiciones Orientales, S. A. La junta administrativa (Verwaltungsrat) de Alfried dominó al BHO. Gracias a esa posición clave y a una racha de buena suerte, él fue probablemente el único hombre de Europa que hizo dinero con Barbarossa (34).

La suerte residía en el Gobierno de la Ucrania roja. Cuando el Feldmarschall Walther von Brauchitsch irrumpió con sus legiones por un frente de dos mil millas, el 22 de junio de 1941, al igual que anteriormente Napoleón había cruzado el Niemen en su ofensiva contra Moscú, los mariscales de Stalin, según escribió el jefe del Generalstab en su Diario, «quedaron tácticamente sorprendidos a lo largo de todo el frente». El 8 de julio un subordinado de Hitler completó un estudio sobre los informes más recientes de espionaje, y declaró que la guerra estaba «prácticamente» ganada. Nadie se mostró en desacuerdo con él. Los rojos parecían haberse dado por vencidos en el sur. Ese mismo día el general soviético I. I. Fedyuinsky se retiró con sus tropas a la línea fortificada de Korosten, en las estepas ucranianas, muy al interior de las antiguas fronteras de Rusia. Cinco semanas más tarde le llamaron de Moscú, y la línea se desintegró.

Los defensores tuvieron que retirarse. Brauchitsch mandaba tres millones de alemanes, italianos, rumanos, húngaros y finlandeses. Haciéndoles frente se hallaban dos millones de rusos desconcertados y mal preparados para la lucha. En en norte, Kliment Voroshilov, que implacablemente se dedicaba a eliminar todas las reservas del frente finlandés,

se retiró ante el grupo de ejército de Wilhelm Ritter von Leeb, llevó a cabo una diestra batalla de contención en los suburbios de Leningrado, y se aposentó con sesenta divisiones, preparándose para un asedio de dos años. Semion Timoshenko reunió en el centro el frente cóncavo, en forma de escudo, y Moscú se salvó. Los despachos del sudoeste, sin embargo, seguían previendo desastres para Rusia.

Hitler fue en parte responsable de esto. El 4 de agosto dio intencionadamente prioridad a Ucrania sobre la capital soviética. Dos semanas más tarde la ofensiva relámpago irrumpió en Dniepropetrovsk, en el extremo más alejado de la curva del Dnieper, y el 23 de agosto el Führer rechazó de plano el ruego del general Heinz Guderian de llevar a cabo un avance sobre Moscú, razonándole que la industria de Ucrania y sus materias primas eran esenciales para la guerra. «Mis generales —declaró en la conferencia de ese día— no conocen nada acerca de los aspectos económicos de la guerra.» Así fue como las mejores unidades de la Wehrmacht avanzaron a través de las estepas. En la primera semana de setiembre, Stalin, que anhelaba un segundo frente, telegrafió a Churchill: «La posición de las tropas soviéticas ha resultado perjudicada en zonas tan vitales como es Ucrania... La relativa estabilidad del frente, conseguida hace unas tres semanas, se ha visto modificada con la llegada de treinta a treinta y cuatro divisiones alemanas, y enorme cantidad de tanques y aviones...»

Tal vez el próximo hundimiento era inevitable, pero ciertamente el carácter de los comandantes de ambos bandos lo apresuraba. Los invasores estaban dirigidos por el táctico más competente del Reich, Gert von Rundstedt, y oponiéndose a él se hallaba el táctico más inepto del bando ruso, Semion Mikhailovich Budenny. Este, que había sido oficial de caballería en 1918, representaba lo peor de las tradiciones de la Primera Guerra Mundial. Sencillamente, no tenía la más mínima idea sobre la guerra de maniobra. Héroe bolchevique de la guerra civil rusa, favorito del Kremlin y mariscal principal de la Unión Soviética, se le ordenó que detuviera la invasión, y le asignaron un millón de hombres para esta tarea. Con diez millones él no lo hubiera hecho, pues insistió tercamente en luchar según los manuales, o el manual de guerra de trincheras que ya había quedado desacreditado durante la generación anterior.

Lo cierto es que era incapaz de contener la movilidad de Rundstedt. Durante ese primer verano del conflicto oriental, los alemanes disponían de tanques Krupp, mientras que los rusos sólo tenían caballos. Hasta Aníbal se hubiera desplazado más rápidamente que Budenny. El 20 de julio tomó una decisión patética, y después de un cañoneo de tres minutos de duración, mandó doce oleadas de infantes, sin apoyo alguno, al asalto. Con ello había retrocedido a los tiempos de Tannenberg, y los resultados fueron idénticos. Después de la matanza, permaneció inactivo durante cinco días, observando con expresión atónita cómo las veloces columnas de tanques de Guderian y Hasso von Manteuffel destrozaban sus líneas de suministro y arrollaban su retaguardia. Luego, cuando Guderian ordenó a sus efectivos girar noventa grados, Budenny quedó aislado de Timoshenko.

La trampa se estaba cerrando rápidamente. Odessa se vio cercada, y quedó al descubierto el flanco del mar Negro. Rundstedt cerró el dogal mientras algunos de sus gozosos soldados fotografiaban los camiones rusos que aparecían destrozados por las piezas del 88 de Alfried. Y el 19 de agosto, a menos de nueve meses de iniciadas las hostilidades, la mayor parte de los puntos vitales de Ucrania habían caído. El OHK [*Oberkommando des Heeres*: Alto Mando del ejército) llegó a la conclusión de que los rojos ya «no eran capaces de crear un firme frente defensivo, ni de

ofrecer una seria resistencia en la zona del grupo de ejército del Sur». Los alemanes habían abierto una brecha de doscientas millas en la línea defensiva. Nada podía impedirles ocupar toda Ucrania y la mayor parte de Crimea. En realidad, no iban a detenerse hasta que hubieran capturado Rostov, en el Don, legendaria «puerta del Cáucaso», lo cual hicieron el 19 de noviembre. Para entonces la retaguardia alemana estaba inactiva. En la segunda semana de setiembre, Budenny telegrafió a Moscú declarando que abandonaba Ucrania. Stalin envió a Timoshenko a sustituirle, pero setenta y dos horas después de la llegada del nuevo mariscal, Rundstedt ya había cercado cuatro ejércitos rusos. Un tercio del Ejército Rojo fue aniquilado; medio millón de eslavos quedaron prisioneros. Según proclamó el Führer, era «la batalla más espléndida en la historia del mundo». Ambos mariscales soviéticos tuvieron que huir de la trampa junto con el comisario político de Budenny, un teniente general llamado Nikita Kruschev.

Mientras tanto, en el Hauptverwaltungsgebäude Alfried estaba reflexionando mientras contemplaba el mapa en su despacho. Para él la victoria significaba millones de marcos, ya que los alfileres de cabeza roja encerraban entre sí numerosos complejos industriales que habían sido sugeridos para el «patrocinio» *(Förderung)* del Konzern. Los comunistas, enterados de las intenciones de la Casa de Krupp, sabían exactamente lo que había detrás de la ofensiva ucraniana. Estaban decididos a impedirlo si podían, trasladando la industria pesada a los Urales, a la zona del Volga, al Asia Central y a Siberia Occidental; es decir, a cualquier parte que estuviera fuera del alcance de la Luftwaffe y de Krupp. Ya el 2 de julio el Gobierno decidió enviar una factoría de planchas para blindajes desde Mariupol, aun cuando el frente estaba todavía a cientos de millas al Oeste; y el 2 de agosto, los administradores de la fábrica recibieron la orden de desmontar el gran tren de laminadoras de Dniepropetrovsk, para cargarlo en diez convoyes ferroviarios, volverlo a armar en Pervouralsk, en los Urales, y reanudar allí la producción el 24 de diciembre.

Las operaciones de evacuación fueron dirigidas por L. P. Korniets, del Gobierno ucraniano, y requirieron un esfuerzo extraordinario. Los turnos de obreros no cesaban de trabajar durante las veinticuatro horas del día. Alexander Werth, que actuaba como corresponsal de la BBC y del *Sunday Times*, de Londres, manifestó que esos traslados de industrias al Este «deben considerarse como las realizaciones más estupendas de la Unión Soviética, en materia humana y de organización, durante la guerra». Si bien es verdad que hubo errores, se pudieron rescatar una buena parte de los efectivos, y «283 empresas industriales importantes» fueron evacuadas desde Ucrania entre junio y octubre, «además de 136 factorías más pequeñas» (35).

Werth añadió que «una importante cantidad de... equipo quedó detrás». Afortunadamente para Alfried, en lo que quedó se incluían la mayor parte de las empresas que habían sido destinadas a él. La complicada planta de laminación, por ejemplo, desafió los frenéticos esfuerzos de los técnicos para desarmarla, y en Dniepropetrovsk la Wehrmacht sacó ventaja a L. P. Korniets, cuyos programas proyectaban el envío final de equipos para el 6 de setiembre. Por entonces los alemanes tenían ya en su poder la ciudad desde hacía tres semanas. Entre otras cosas, las factorías de acero —especialidad de Krupp—, permanecieron donde estaban. An fin de reconstruir su destrozada armadura. Moscú tenía que racionar todos los metales de que disponía. El 11 de setiembre de 1941, una vez confirmada la pérdida de Ucrania, una orden del Gobierno ruso decretó que el acero y el hormigón con refuerzos metálicos se emplearían «sólo en casos en que el uso de otras materias locales, como la madera, fuera

técnicamente imposible». Así, por ejemplo, los talleres de los Urales donde iban a surgir los nuevos carros de asalto soviéticos, se construyeron de madera.

Krupp, por su parte, podía ahora producir blindajes para proteger a una docena de ejércitos. La capitulación de Dniepropetrovsk le dejó como único propietario de los gigantescos talleres Molotov, situados a 120 millas al sudoeste de Kharkov. La caída de Kramatorsk, en Ucrania Oriental, creó un obstáculo temporal e inesperado. Las autoridades de ocupación se negaron a entregar las llaves de las fábricas a los Kruppianer. El mismo Alfried se vio obligado a escribir a las autoridades, lleno de disgusto: «Mientras estos asuntos no queden aclarados, será imposible que la firma Krupp comience a trabajar en Kramatorsk. Pronto llegarán a Kramatorsk cinco dirigentes de Krupp. El director, doctor Korschan, quedará a disposición de ustedes, con el fin de estudiar sus proposiciones. Sería de agradecer que le recibieran lo antes posible. Yo mismo no podré ir a Berlín hasta la semana próxima.»

El viaje de Alfried a la capital fue un éxito. Las llaves le fueron entregadas, y Krupp tomó posesión de dos de las fábricas de maquinaria más modernas de Europa, la Ilyitch y la Azov A (36).

La apropiación de Debaltsevo fue menos beneficiosa. El equipo de la factoría era anticuado, según pudo comprobar Alfried. A pesar de todo envió un grupo de investigadores, que después de observar las instalaciones informaron que se hallaban dispuestos a conseguir la suficiente cantidad de maquinaria como para llenar ochenta vagones de ferrocarril. Por desgracia, no tenían trenes a manos. ¿No podría herr Von Bohlen...? Claro que podía. No hizo más que telefonear a un determinado número de Berlín, y el transporte ferroviario llegó a la abandonada factoría antes de la caída de la noche.

La derrota de Bundenny proporcionó a Krupp un triple premio; cuando el grupo de ejército del Sur, por medio de su pinza más meridional, llegó al mar de Azov el 7 de octubre, con lo que el flanco derecho de Rundstedt se dispuso a asentarse allí, Alfried consiguió una fábrica de maquinaria agrícola situada en Berdyansk, así como dos factorías en Mariupol. Por medio de acuerdos preestablecidos con el BHO. También se hizo con incontables propiedades mineras y de fundición, especialmente las que rodeaban a Stalino. Como la mayor parte del mineral de cromo de Europa se hallaba en la Unión Soviética, y como la cromita tiene un valor inapreciable para la fabricación de chapa de blindaje, Krupp pudo reforzar fácilmente los *Panzergruppen* dañados. Su éxito como expoliador fue asombroso. En los trece primeros meses de ocupación, el BHO envió a Alemania 6.906 toneladas de mineral de cromo, 52.156 toneladas de chatarra de hierro, 325.751 toneladas de mineral de hierro, y 438.031 toneladas de mineral de manganeso. Los agentes de Krupp, asimismo, exportaron maquinaria ucraniana ya terminada, a Bulgaria, Turquía y Rumania (37).

Nadie se entusiasma tanto con los alemanes, como los propios alemanes. Por ello suelen hablar interminablemente de la forma en que su pasión por lo trivial fue la causa de su derrota. Obsesionados por los detalles, se olvidaron de los asuntos más importantes, y la ocupación de Ucrania es un gran ejemplo a este respecto, demostrando que la inhábil ocupación del Ruhr por Francia, veinte años antes, fuera un golpe maestro. Los *poilus* se habían encontrado entonces con una población hostil. En Ucrania, en cambio, las gentes recibieron a sus conquistadores con cierta complacencia. Por una parte, su recuerdo de la ocupación

austrogermana de 1918 no era desagradable, y por otra parte, la dictadura comunista había hecho muy difícil la vida en Ucrania, cuyos habitantes se consideraban como una nación diferente.

Por todas partes en la Unión Soviética, y especialmente en Moscú, el nivel de vida había aumentado al terminar el segundo Plan Quinquenal. Los camaradas de la capital aceptaron el lema oficial de Stalin «*Zhit' stalo legche, zhit' stalo veselei*» (traducido libremente: «Nunca lo habéis pasado tan bien»); pero en Kharkov, Kiev y Odessa, los Pequeños Rusos (que eso quiere decir «ucranianos» en eslavo), lanzaron un sigiloso juramento. Cansados de los caprichos tiránicos del dictador, recordando sus catorce años de independencia, acogieron a las legiones teutonas como a libertadores. Los clérigos ortodoxos se declararon adeptos de los invasores, y los nacionalistas comenzaron a publicar un periódico que se llamó *Nova Ukraina* (38).

La respuesta nazi consistió en encarcelar a los sacerdotes, cerrar el periódico y asolar las tierras. Agregaron que tenían intención de tratar a sus anfitriones como si fueran ganado. Los Pequeños Rusos que estuvieran en aceptable estado físico serían enviados hacia el Oeste en vagones de ferrocarril, a fin de que trabajasen como peones. Los alemanes tenían su propia idea acerca del futuro de Ucrania. Los recién llegados pensaban realizar su sueño de *Lebensraum* repoblando la región con *Herrenvolk.* Todos los eslavos eran iguales para ellos, pudieron enterarse los atónitos habitantes de la región. A semejanza de los judíos eran *Untermenschen,* y aquellas espléndidas tierras eran demasiado buenas para unos subhombres. En privado los vencedores aún fueron más explícitos. Goering propuso «matar a todos los hombres de Ucrania, y enviar allí sementales de las SS.»

Erich Koch —un protegido de Goering—, pequeño e irritable gomoso que solía llevar una fusta en la mano, fue nombrado *Kommissar* del Reich en Ucrania. Al presidir su primera conferencia como procónsul del Führer, anunció que había pedido a Himmler que le enviase sus *Einsatzkommandos* (escuadras de exterminio). Alfried le preguntó secamente que quién iba a trabajar en sus nuevas fábricas de Ucrania, y Fritz Sauckel le apoyó manifestando que «los esfuerzos sin precedentes de esta guerra nos impulsan, en nombre del Führer, a movilizar millones de extranjeros para que laboren en una guerra total económica alemana, y *para hacerles trabajar a su máxima capacidad...*». En consecuencia, en marzo de 1942, los nazis crearon el Generalbevollmächtigter für den Arbeitseinsatz (Oficina Especial de Colocación de Trabajadores) (39).

Evidentemente, la medida más racional hubiera consistido en mantener a los obreros forzados en la misma Ucrania, ya que era mucho lo que había que hacer allí. Pero en lugar de eso fueron deportados al Reich. En un solo mes la policía alemana redujo la población de Kharkov desde 700.000 habitantes a 350.000; en total, casi cuatro millones de ucranianos fueron enviados al Oeste, como «trabajadores orientales» *(Ostarbeiter).* Cuando la evasión de los puestos de trabajo se convirtió en un problema importante, las autoridades de ocupación procuraron arreglarlo por medio de la coerción. Un informe del OKW fechado el 13 de julio de 1943, menciona una «intensificación de contramedidas: entre otras, la confiscación de cereales y propiedades, la quema de casas..., el aborto forzado de las mujeres encinta» (40).

El anónimo cronista anotó igualmente que estas medidas fueron ineficaces: «La población reacciona fuertemente contra la forzada separación de las madres de sus pequeños, y de los escolares de sus familias.» Inevitablemente, estos episodios aumentaron los problemas laborales de los administradores de Krupp hasta extremos insospechados. A uno

de estos directivos le encontraron ahorcado, colgando de una lámpara de su despacho; otro fue envenenado con cianuro, y la amante ucraniana de un tercero entregó a éste como regalo una botella calientapiés que resultó ser una bomba de tiempo; él se la llevó a la cama y voló en pedazos. En cuanto a los mineros de la región, se volvían cada vez más perezosos. Ante el disgusto de Alfried, éste se vio obligado a llevar, desde el Ruhr y Silesia, carbón para sus fábricas ucranianas.

Y sin embargo, el propio Alfried estaba contribuyendo a crear dificultades al Führer. No podía acusársele de incompetencia. Su problema residía en la enorme cantidad de responsabilidades que le abrumaban, y en el hecho de que no podía estar en todas partes al mismo tiempo. Görens era un técnico capacitado, pero su moral se había venido abajo; al morir su hijo en combate, no lo consideró como un honor, y tenía intenciones suicidas. Löser llevaba los libros y parecía un soberbio administrador. En realidad, y en sus deseos de ocultar sus contactos clandestinos con Allen Dulles, en Suiza, firmó tantos documentos pasando como nazi furibundo, que posteriormente vio lleno de asombro cómo le hacían comparecer en Nuremberg como acusado, al lado de Alfried. De todos modos, su interés por el trabajo era ficticio, asimismo, y cada vez que podía estropear un engranaje de *die Firma,* lo hacía complacido.

Así pues, aunque las responsabilidades se dividían teóricamente entre tres hombres, era Alfried el que cargaba con todo el fardo de culpas. Y ni siquiera podía dedicar el tiempo suficiente al diseño de armas, que era su especialidad. Había estudiado para ello, y además estaba bien dotado en ese sentido. Nadie en la firma podía equipararse a Alfried en este renglón, y de haber tratado al inseguro Erich Kanonen-Müller como su bisabuelo lo hizo con Wilhelm Gross, la titánica batalla en el Este hubiera tenido otro resultado, ya que virtualmente todos los encuentros clave iban a decidirse entre la artillería y los tanques. Lo superioridad de Krupp pudo haber ganado allí la guerra, y en la práctica, fue la inferioridad de Krupp lo que contribuyó en gran parte a perderla. De todas las paradojas en la historia de la dinastía, una de las más singulares es la de que, en el apogeo de su contienda con Stalin, Hitler honró a Kanonen-Müller por su devoción a la patria —tenía en el partido nazi un bajo número, el 263.734— con el grandilocuente título de *Herr Professor honoris causa.* Además le concedió la *Kriegsverdienstkreuz* por su extraordinaria eficacia en el diseño de nuevas armas (41). Y la triste verdad es que ni el mismo Löser saboteó el esfuerzo de la empresa con tanta eficacia como lo hizo el propio Müller, aunque no tuviese esas intenciones.

Gustav, Alfried y el mismo Hitler fueron sus colaboradores, en eso. El origen de uno de sus fiascos se remonta a 1936. Entre los conspicuos errores del nacionalsocialismo estaba un irracional anhelo por emular las hazañas del pasado. Impaciente por superar los triunfos conseguidos en Sedán y Lieja, el Führer propuso diseñar un nuevo cañón monstruoso mientras visitaba los talleres, después de haber resuelto militarizar de nuevo la zona desmilitarizada. Los franceses, según manifestó, se hallaban en situación de devastar buena parte de Renania con sus baterías de la Línea Maginot. Preguntó si no sería posible crear una contraarma cuyos proyectiles pudieran penetrar a través de once metros de terraplenes, tres metros de hormigón o metro y medio de blindaje de acero. Müller manifestó que lo intentaría, y Krupp destinó diez millones de marcos para el proyecto del nuevo cañón.

Este no estaba preparado en 1939, pero tampoco se le necesitó entonces, ya que los franceses no dispararon sus cañones. Durante el verano de 1940 pudo presentar el prodigio. La boca del nuevo cañón tenía casi

un metro de diámetro, y su alcance era de 25 millas. Pesaba 1.465 toneladas, y sólo se le podía trasladar mediante una vía de ferrocarril doble, a tal punto era ancha la base de la pieza. Alfried dirigió las pruebas en Hillersleben, donde se dispararon granadas contra hormigón y blindajes de acero. En la siguiente primavera, Krupp condujo a Hitler y Speer a Hügenwald, donde les dio toda clase de explicaciones durante las pruebas oficiales, del mismo modo que su abuelo y bisabuelo lo habían hecho con los kaisers. A continuación se midieron los cráteres abiertos por los proyectiles al estallar, los cuales medían diez metros de ancho por diez de hondo, aproximadamente. Una primavera más, y el dinosaurio fue transportado a velocidad de tortuga sobre los chirriantes vagones de ferrocarril. Los Kruppianer le bautizaron con el nombre de *Gran Gustav.* Los artilleros alemanes, que por alguna razón desconocida consideraban a sus armas como femeninas, le llamaron *Dora.* El 2 de julio de 1942 cayó Sebastopol, después de 250 días de asedio, y Gustav escribió a Hitler:

Auf dem Hügel,
24 Juli 1942

«Mein Führer!

»Die grosse Waffe, die dank Ihrem persönlichen Befehl hergestellt wurde, hat nun ihre Wirksamkeit bewiesen... Es ist für meine Gattin und mich eine angenehme Pflicht, Ihnen, mein Führer, für das unseren Betrieben sowie uns persönlich, geschenkte Vertrauen, indem uns ein solcher Auftrag erteilt wurde, unseren Dank auszusprechen.

»Sieg Heil!

»G. v. Bohlen und Halbach

»Zur persönlichen Übergabe durch Alfried.»

La Colina,
24 de julio de 1942

«¡Mi Führer!

»La gran arma que se ha fabricado gracias a vuestra orden personal ha demostrado ahora su eficacia. Constituye una página de gloria para los talleres de Krupp, y ha sido posible mediante una estrecha colaboración entre los diseñadores y los constructores. Krupp reconoce agradecido que la confianza puesta en la familia por todos los organismos, y especialmente por usted, mi Führer, ha facilitado una realización que, en su mayor parte fue lograda en tiempo de guerra.

»Fieles a una costumbre establecida por Alfred Krupp en 1870, mi esposa y yo pedimos como favor que la empresa Krupp no cobre nada por esta primera pieza terminada. Para mi esposa y para mí constituye un deber que nos llena de complacencia expresar a usted nuestro agradecimiento, mi Führer, por la confianza depositada en nuestros talleres, así como en nosotros mismos, al concedernos semejante misión.

»¡Por la victoria!

»G. v. Bohlen und Halbach

»A entregar por Alfried en persona.» (42).

El generoso gesto no lo fue tanto, ya que Krupp cobró siete millones de marcos por cada uno de los siguientes *Gran Gustav*, con lo que se amplió aún más el tesoro de la familia. Pero lo importante para el Reich no aparecía consignado en la carta de Gustav, y es que el cañón demostró ser tan inservible como las grandes piezas de Fritz Rausenberger que bombardearon París en 1918. Alfried y Kanonen-Müller supervisaron personalmente su empleo durante el asedio de Sebastopol, y los ayudantes del joven Krupp informaron que el primer tubo fue «disparado 53 veces en total, a veces con los mejores resultados, contra blancos fortificados. Después de que el fuerte fue capturado, hubo ocasión de estudiar las cualidades de puntería y también la excepcional capacidad destructora de las granadas semiperforantes en los fortines» (43).

Pero todo esto era un tanto incierto. La realidad era que sólo un proyectil entre cinco había alcanzado a los rusos. La destrucción más considerable fue llevada a cabo por la Luftwaffe. En seis días los bombarderos dejaron caer sobre la ciudad 50.000 bombas incendiarias y de alto poder explosivo. Y los verdaderos y heroicos captores de Sebastopol fueron los infantes germanos, que tuvieron que luchar en las calles usando máscaras antigás con el fin de evitar el olor nauseabundo que despedían los cadáveres expuestos al sol del verano, y cuyas bajas fueron abrumadoras. El cañón *Gran Gustav*, o *Dora*, no tomó parte en el triunfo. La última de las grandes piezas de campaña de Krupp no había «demostrado su eficacia», sino que sirvió para enmascarar un enorme fraude.

A pesar del optimismo de Gustav con respecto al Führer, la guerra estaba constituyendo ya por entonces una serie de pesadillas en el frente oriental, mucho de lo cual debe achacársele a Essen. El excéntrico virtuoso de Müller, no advertido por Alfried, llegó a minar las campañas de la Wehrmacht en Rusia. El poco instruido «profesor *Kanonen*» y miembro dominante de la Comisión para el Desarrollo de las Armas del Reich *(Waffenentwicklungskommission)* era un nacionalsocialista con demasiada fe, para que ello beneficiara al partido. Creía a pie juntillas —y Alfried, en este aspecto de la doctrina, también lo creía—, que la competencia entre eslavos y arios era algo imposible. La raza superior debía dominar siempre a los subhombres; no podía pensarse en otro resultado. Como expertos en artillería habían sentido gran interés por el informe de A. A. Shcherbakov al Ejército Rojo durante las ceremonias de conmemoración leninistas del teatro Bolshoi, el 21 de enero de 1939. Desgraciadamente para la causa alemana, sólo se mostraron divertidos cuando el miembro del Politburó anunció que había creado «una poderosa industria de armamento», habiendo «vallado con acero y hormigón las fronteras de esta tierra de socialismo triunfante». Casi con indiferencia desdeñaron las declaraciones de que «la Unión Soviética, que era débil y no estaba preparada para la defensa, se halla ahora dispuesta para cualquier situación de emergencia; es capaz, según dijo el camarada Stalin, de producir armas modernas de defensa en gran escala, y de suministrarlas a nuestro ejército, en el caso de un ataque enemigo» (44).

La debilidad militar de Rusia era estratégica, no táctica, pues el Stavka soviético no podía compararse con el Generalstab alemán. En la edición del 6 de febrero de 1939, del *Pravda*, un portavoz del Ejército Rojo declaró que «las "ostentosas" teorías acerca de la guerra relámpago —la llamada *Blitzkrieg*—, son consecuencia del mortal temor de la burguesía por la revolución proletaria» (45). Aseguró que el indomable valor del soldado como individuo, y no la inteligencia de sus oficiales, era lo que ganaba las guerras. Los comunistas podían estar incapacitados por el

lastre de su doctrina, pero eso no les ocurría a sus técnicos. Shcherbakov pudo haberse hecho reo de indiscreción, ya que entre su audiencia figuraban algunos oficiales alemanes del servicio de Inteligencia, y resulta extraño que Stalin no le eliminase. Pero no exageraba. Las fábricas de armas de Rusia estaban dotadas de unos planos soberbios. Y debido al heroico esfuerzo nacional, que comenzó en el verano de 1941 y fue dirigido por el coronel general de artillería Voronov, el Ejército Rojo había logrado realmente, hacia 1943, la superioridad artillera en el frente de batalla.

Además, la armería roja iba a demostrar más eficacia que la de Krupp durante la crisis que se avecinaba. Sobre el papel no era tan efectiva, y su defecto residía en el aspecto de la aplicación práctica. Erich Kanonen-Müller era demasiado imaginativo, inteligente y entusiasta, y le atraía en exceso lo vistoso, rodeándose de hombres parecidos a él. Los ingenieros de Stalin, por el contrario, se atuvieron a dos tipos fundamentales de carros de asalto, con lo que simplificaron el problema del recambio de piezas. (Los norteamericanos a veces fomentan el mito de que la URSS logró la victoria con tanques de Estados Unidos. Esto no es cierto. El único carro de asalto occidental que emplearon los rojos, en cierta medida, fue el Sherman, que era un excelente vehículo. Sin embargo, en la época en que éste llegó a Vladivostok, durante el otoño de 1942, el T-34 ruso, superior a aquél en todos los aspectos, llevaba ya produciéndose en masa un año y medio.) Kanonen-Müller y sus intuitivos colegas se fueron al otro extremo. Querían en el campo de batalla una extensa y fantástica gama de «panzers». Y así salieron las cosas.

Müller se vio ardientemente apoyado por un equipo de dos cerebros destacados, el doctor Ferdinand Porsche y su hijo Ferry, de treinta y cuatro años. Ambos eran recientes adquisiciones de la dirección de *die Firma,* y resultaban una especie de «vedettes». Veinte años antes el padre había conseguido una reputación internacional como proyectista de los coches deportivos Mercedes S y SS, y cuando el Führer le ordenó crear un coche Gran Prix invencible, Ferdinand Porsche respondió con el Auto Unión de seis litros, que sigue siendo el automóvil más veloz que se ha construido. Hitler, encantado con su técnico, envió a Ferdinand y a Ferry a la Gusstahlfabrik. Eso fue una locura. Eran gente para un taller de precisión, no para una forja de armas. A pesar de todo gozaron de un prestigio inmenso, aunque breve, gracias principalmente a Erich Müller. En la relación de las personalidades de Alemania Occidental, Ferry es considerado hoy como el técnico que «creó el "Volkswagen" y otros productos». Es una descripción modesta, puesto que los dos Porsche produjeron una variedad de subespecies de tanques, entre los que figuraban los Panteras, de cuarenta y cinco toneladas; los ineficaces Leopardos, para reconocimiento ligero, y que consumieron millares de horas de trabajo en las fábricas, en 1942; y los Tigres, que hicieron bien su labor, como debía ocurrir por la ley de las compensaciones. Los «otros productos» de Porsche comprendían un descabellado supertanque de 180 toneladas (tres veces el peso de los Tigres), y un «monitor terrestre», que afortunadamente nunca entró en combate, y que pesaba *un millar* de toneladas. El Führer lo aprobó todo, y Krupp mostróse jubiloso. Pero a Müller debieron haberle llamado *Meier* (46).

La inferioridad mecánica era algo nuevo en la experiencia alemana, y en verdad nunca llegaron a aceptarla. Durante la primera primavera rusa de la contienda, al ver a los tanques Krupp atascarse en el pegajoso cieno de Ucrania, los alemanes llamaron a la estación el *Schlammperiode,* el período del barro profundo. Sin embargo, los soviéticos T-34, para todo terreno y de amplia oruga, seguían maniobrando. Esa no era la

información que habían dado a la Wehrmacht sobre la capacidad técnica del enemigo. Ya en noviembre de 1941 un equipo de expertos germanos viajó por el frente y propuso que Alemania produjese una copia del T-34, a base de unos planos capturados al enemigo.

Alfried estaba ausente, como de costumbre, supervisando el *havot* en Belgrado, y Müller, profundamente ofendido, rechazó la sugerencia como un insulto a la capacidad *kruppsche*. De este modo, la *Waffenschmiede* alemana, en ausencia de su capitán, navegó a la deriva durante 1942 como un barco sin timón. Al año siguiente los panzer básicos de la Wehrmacht seguían siendo los PzKw III y IV. Estos habían sido espléndidos contra la caballería polaca y los derrotistas franceses, pero los rusos disponían de más recursos, y superaron al mejor carro de asalto de Krupp. Improvisando, el general Guderian pidió piezas antitanques autopropulsadas *(Jagdpanzer)* y cañones de apoyo a la infantería *(Sturmgeschütze)*. Ambos fueron creados para compensar la evidente impotencia de los cañones remolcados de 37 y 50 mm, contra el T-34. Se experimentó montando el 75 en un chasis skoda 28-T, y la eficacia alemana aumentó. Fabricar *Jagdpanzer* resultaba rápido, fácil y barato (47).

Y lo más importante era que el Führer se mostraba entusiasmado. Era la gran oportunidad de Müller, pero éste la desaprovechó. De nuevo la histórica pasión de Krupp por lo colosal fue el error de la empresa. Los antiguos jóvenes de Koch und Kienzle, en combinación con el doctor Porsche, crearon un descomunal *Jagdpanzer*. Los soldados del frente le llamaron *der Elefant*, y era una monstruosidad mecánica. Armado con un cañón de 100 mm sobre una montura fija, tenía el defecto de lo reducido de su campo de disparo, mientras que el espacio interior era insuficiente para los servidores del vehículo, y, además, carecía de armamento secundario. Al mismo tiempo, la armadura inferior del carro era tan gruesa y resultaba tan cara como la de un tanque. En la perspectiva de la historia, la conducta nazi en la guerra evoca escasa compasión; sin embargo, hay algo de patético en la fe que el soldado raso tenía en las legendarias armas de Krupp, a las que había aprendido a venerar en la escuela, y que ahora estaban causando su propia destrucción. Pero esto los soldados nunca llegaron a saberlo, a pesar de los tremendos reveses que sufrían. En Ploesti, los artilleros bautizaron a sus dos cañones antiaéreos del 88 con los nombres de *Bertha* y *Friedrich*, por la Reina de los Cañones y su padre. Cuatro anillos blancos se pintaron en el perímetro de la boca del *Bertha*, y los artilleros explicaban orgullosamente a los visitantes que cada anillo representaba muchos aviones norteamericanos derribados, cuando el 31 de agosto de 1944 el fracaso de la armadura de Krupp permitió la entrada de las tropas soviéticas en la ciudad. Meses antes, el 2 de julio de 1943, el sargento Imboden, integrante de la dotación de un tanque Tigre, escribió en su diario: «Iván, con su habitual astucia, contuvo sus disparos... Pero ahora todo el frente es una aureola de relámpagos. Por cuatro veces nuestro valiente Rocinante se estremeció bajo un impacto directo, y agradecimos a nuestra suerte la fortaleza del buen acero de Krupp.» (48).

Ciertamente: el Kruppstahl era magnífico, pero el empleo que se hacía de él no podía ser más lamentable. Tres días después del escrito del sargento alemán, los carros de asalto soviéticos y germanos se enzarzaron en Kursk en la que bien puede considerarse como la batalla menos comprendida de toda la guerra. Innegablemente, fue la más trascendental —más tarde, Walter Görlitz, el historiador alemán, escribió que aunque Stalingrado fue «el ápice psicológico», la «crisis militar» se produjo, en Kursk (49)—, y allí, Alfried sufrió su mayor fracaso. Preocupado con el Berthawerk, con Elmag, la fábrica de espoletas de Auschwitz, las cazas de

ida y vuelta»). Divisiones Panzer SS tan famosas como las Leibstandarte, Das Reich y Totenkopf, quedaron diezmadas. La línea Dniéper del Führer estaba deshecha. Alfried perdió todas sus factorías rusas, o para ser más precisos, perdió los edificios. L. P. Korniets le había enseñado algo sobre lo que era desmantelar instalaciones con toda rapidez. Se habían redactado planes de evacuación, y sólo se esperaba la señal de alarma para llevarlos a cabo. Antes de que Malinovsky y Tolbukhin hubieran terminado su operación anfibia en el mar de Azov, los Kruppianer ya habían enviado el taller de fundición de acero de Mariupol al Berthawerk, en Silesia, junto con una enorme turbina, incontables maquinarias de otros tipos, 10.000 toneladas de aleación de acero, y 8.000 toneladas de acero de cromo. Los directivos de Krupp solicitaron 280 vagones de ferrocarril para evacuar el equipo de Kramatorsk. El ejército sólo pudo suministrar un centenar, pero esto fue suficiente para trasladar los efectivos más importantes de la factoría (54).

Por esa época, la guerra estaba inevitablemente perdida para Alemania. Sin embargo, las perspectivas eran sombrías para los Aliados; y para aquellos cuyas únicas fuentes de información eran los periódicos y películas de Goebbels y las emisiones radiadas de Goebbels, el triunfo del Führer parecía indiscutible. Alemania dominaba entonces más territorio que el Sacro Imperio Romano Germánico en sus días de mayor esplendor. Se desdeñaba el poderío norteamericano, y la alianza entre los comunistas rusos y los capitalistas demócratas parecía destinada al fracaso. Después del hundimiento, el autor de este libro preguntó a Alfried por qué se decidió a asumir el título de Krupp, y aquél contestó: «Creí hacer lo único posible. Mi padre tenía setenta y tres años, y estaba muy cansado. Me pareció que se sentía contento al librarse de las responsabilidades, al alejarse de la vanguardia... Para mí fue más fácil, porque no tenía la educación de diplomático de mi padre, lo cual, desde luego, no encajaba en las circunstancias de Alemania, por aquella época *(die Verhältnisse des damaligen Deutschlands*») (55).

Innegablemente, la edad de Gustav, su delicada salud por entonces, y su mentalidad de diplomático, no podían ser de mucha utilidad para el amenazado Reich, mientras que la juventud y la capacidad técnica del hijo resultaban sumamente valiosas. Por otra parte, con su inalterable apoyo a las normas de Alfried Krupp y a las doctrinas de Adolf Hitler, Alfried se había ganado el derecho a reclamar su título. Después de una regencia de casi cuatro decenios, ya era hora que el príncipe consorte abandonase la escena: un verdadero Krupp estaba al fin dispuesto a asumir el mando de la firma, tanto por su nombre como por lo que refiere a los hechos.

18

Alfried dirige el Kruppbunker

Poco antes de su muerte, acaecida en 1957, la anciana pero majestuosa Bertha Krupp posó para algunos pintores. Una vez que un pintor francés hubo terminado dos retratos de ella, Otto Kranzbühler, el abogado que defendió sin éxito a su hijo Alfried en Nuremberg, examinó los cuadros en compañía de Waldtraut y Berthold. «Me pareció que uno era bueno y el otro no —recordó el abogado, posteriormente—. En el que me gustaba [Bertha] tenía una expresión benévola, radiante. Pero ellos no estuvieron de acuerdo, y prefirieron aquel en que parecía una reina de severa expresión. Sin saberlo, el pintor había reflejado los dos aspectos de su carácter, y como yo sólo la traté cuando el sufrimiento la hubo suavizado, nunca llegué a conocerla como reina.» (1).

La pesadilla de Bertha comenzó en 1941, cuando Gustav sufrió su primer ataque. Sólo ella, Waldtraut y el doctor Gerhardt Wiele, el médico de la familia, se enteraron de lo ocurrido. Alfried estaba viajando por los países conquistados; sus hermanos vestían el uniforme, y el propio Gustav se negó a admitir que hubiese ocurrido algo serio. Sin embargo, era evidente que su cerebro había quedado afectado. Cada cierto tiempo sufría lagunas mentales. Ella le rogaba que abandonase la práctica de la equitación, pero él se negaba a hacerlo, y todas las mañanas, antes del desayuno, dos criados le colocaban sobre el caballo, y a semejanza de un viejo rey Lear, Gustav galopaba cara al viento. Preocupada, Bertha le seguía en otra montura, a prudente distancia, temiendo verle caer de la silla en cualquier momento (2).

Pero no se cayó. Hasta que por fin, a comienzos de 1942, el mismo Gustav decidió abandonar la equitación, ya que por entonces padecía de visión doble. Por las noches se sentaba en un rincón de la gran sala del segundo piso, en compañía de Bertha, con su esvástica de oro reluciéndole en la solapa, haciendo como que examinaba los informes del Hauptverwaltungsgebäude, mientras ella fingía no darse cuenta de que él sostenía los papeles al revés. Hora tras hora, ambos permanecían en silencio, en tanto la radio emitía la canción de Horst Wessel sin cesar, exhortando a los *Herrenvolk*, por millonésima vez, a dejar libres las calles para los «batallones pardos», para las «tropas de asalto»:

Die Strassen frei den braunen Bataillonen!
Die Strassen frei dem Sturmabteilungsmann...!

Luego, él se ponía en pie y con rígidos pasos se encaminaba hacia el dormitorio. Según afirma un cronista de la familia:

> «La Colina se había convertido en un lugar silencioso [*Auf dem Hügel ist es still geworden*]. La riada de visitantes se había reducido a un arroyuelo... El desolado estado en que se hallaba el castillo evocaba el ambiente que había dominado allí durante los últimos años de vida de Alfred Krupp. El mundo exterior parecía muy lejano. Incluso la guerra resultaba algo irreal. Gustav seguía insistiendo en un régimen de vida que se gobernaba exactamente por el reloj; pero en realidad, sus actividades eran sólo una forma de pasar el tiempo, los días y las semanas que se deslizaban lentas aunque inexorablemente... Se retiraba silenciosamente todas las noches a la misma hora [*Unbekümmert geht er zur gewohnten Stunde schlafen*]» (3).

Hasta que Gustav no sufrió el segundo ataque, su mujer, su médico y los criados compartían con todo tacto aquella conspiración de silencio. Luego, el disimulo se hizo más difícil. Su secretaria se daba perfecta cuenta de la dolencia que le aquejaba. Fräulein Kröne se dirigía hasta la colina a tomar su dictado de costumbre, pero después de unas pocas frases lúcidas, Gustav perdía el hilo del tema y entraba en incoherentes descripciones acerca de las entrevistas con Su Majestad, de su viaje a Pekín, o de su época de servicio en el Segundo Regimiento de Dragones de Baden. Durante cierto tiempo, su lenguaje resultaba tan confuso que sólo Bertha era capaz de comprenderle. Poco a poco fue mejorando, y su secretaria, acostumbrada a su forma de expresarse, era capaz de captar lo que quería decir sólo con una frase aislada, completando la carta ella misma. En una ocasión, su hermano político llegó de Marienthal, y Gustav, abandonando todo fingimiento, se tocó la frente y dijo al barón: «Por favor, avísame cuando veas que no encuentro las palabras precisas.»

Todo el mundo, en Villa Hügel advertía la incapacidad del viejo Krupp. Según escribió más tarde Fritz von Bülow: «Evidentemente, no era el de antes. En ciertos períodos no podía decir una sola palabra. Resultaba claro para todos, en esos tiempos, que le había llegado la hora a herr Alfried de tomar el mando.» Fritz Wilhelm Hardach, que se unió a la empresa en 1941, recordó más tarde: «Cuando llegué, Gustav ya estaba flaqueando. Se tomó escaso interés por la empresa ese año, y ninguno en el siguiente.» Y uno de los visitantes de Hügel vio al una vez poderoso señor de Essen «recorrer los jardines mientras recogía metralla enemiga y la colocaba cuidadosamente en un cesto... para ayudar a las colectas de metal del Gobierno» (4).

Su mensaje final a los Kruppianer, escrito con su amplia y sesgada caligrafía, fue publicado en 1942, y era un himno en elogio «a la mutua confianza entre la administración y los trabajadores»:

> «En las zonas amenazadas por los ataques aéreos, el obrero de armamentos de 1941 se halla expuesto al mismo peligro material que el soldado. De nuevo debo afirmar que bajo condiciones tan desusadas [el trabajador] cumple con su deber valerosa y serenamente (*Ich muss nochmals bezeugen, dass er unter diesen aussergewöhnlichen Verhältnissen seine Pflicht tapfer und ruhig tut*)» (5).

La afirmación no era cierta por aquella época. Exceptuando una incursión de la RAF el día en que Alemania invadió los Países Bajos, en 1940, Essen permaneció virtualmente indemne durante los primeros años de la guerra. Tanto los archivos de Krupp como el Servicio de Bombardeo Estratégico de Estados Unidos, concuerdan en que la primera incursión importante contra Essen fue llevada a cabo en la noche del 7 de enero de 1943. Aun entonces los destrozos se limitaron a dos fundiciones y fueron rápidamente reparados. Una bomba perdida estalló sin producir daños en los parques de Villa Hügel. Aparte de esto, la propiedad se mantuvo incólume. Al comenzar las hostilidades, Gustav ordenó que se vaciara la piscina cubierta del castillo, que había sido construida en 1913, pero eso fue un gesto simbólico de sacrificio. La vida del soldado, como sus propios hijos podían decirle, resultaba bastante más penosa que eso (6).

De todos modos, los tres primeros años de la contienda fueron totalmente diferentes que los tres últimos. El Tercer Reich, en el primer período, caminaba hacia su auge; el talante de la Patria era jubiloso, y los hermanos de Alfried contribuían a la gloria del Reich. Después de dos agotadores meses como oficial subalterno de artillería en Bélgica, Holanda y Francia, Berthold fue destinado a un puesto más cómodo en el Estado Mayor. También Harald era Oberleutnant de Estado Mayor, y se dedicaba a instruir a los rumanos acerca de los aspectos más delicados de las piezas Krupp del 88. Hermann Hobrecker, al encontrar a este último en Bucarest, se mostró impresionado por su inmaculada elegancia. En realidad, la guerra significaba un retraso en la carrera de Harald, que terminó la de abogado poco antes de la invasión de Polonia, y de Berthold, químico en ciernes; pero lo mismo ocurría con todos los jóvenes de su edad. A Eckbert se le ahorró incluso esa decepción, pues como al ser invadida Polonia únicamente contaba diecisiete años, sólo acababa de terminar los estudios secundarios en el Realgymnasium de Bredeney, y no le quedó demasiado tiempo para pensar en su porvenir profesional. Por el momento, ser un teniente de la Wehrmacht destinado a las tranquilas tierras de Italia, le parecía sumamente satisfactorio (7).

Todos ellos veían rara vez a su padre. Con notable fuerza de voluntad, Gustav se presentaba en las celebraciones familiares; como cuando Waldtraut contrajo matrimonio con un magnate textil en el castillo, el 12 de marzo de 1942. En aquella ocasión apareció elegante y lúcido. Berthold, al llegar a casa durante un permiso, halló a su padre casi normal, aunque con cierto aire tenso. Tanto Gustav como Bertha y Alfried parecían hallarse en un estado poco corriente de tensión, y Berthold decidió para sus adentros pasar sus futuras licencias en cualquier otra parte. Afortunadamente, el anciano Krupp había previsto estas contingencias. Enterado de que sus hijos preferían Blühnbach a Hügel, anunció durante una cena familiar, ya a fines del decenio de 1930, que cada miembro de la familia podía hacer uso del castillo austríaco durante treinta días al año. (Como era característico en él, estableció que cada uno debía pagar sus bebidas y las de sus invitados. El anfitrión de Blühnbach le rendiría plena cuenta de sus gastos.)

De este modo, los permisos de los tenientes Bohlen se transformaron en unas vacaciones, tanto de sus padres como del ejército. En 1942 coincidió que Eckbert y Harald llegaron al retiro alpino el mismo día y pasaron un mes entero esquiando juntos. Disfrutaron enormemente de aquel período. A pesar de todo, ninguno de los hermanos pareció echar mucho de menos a los demás. Sus relaciones no eran las habituales. Berthold y Harald estaban más unidos, y seguirían igual, pero Alfried y Claus se mostraban más alejados, mientras que Eckbert, demasiado pequeño, pasa-

ba inadvertido. Sobre aquellas vacaciones que pasaron esquiando, Harald me dijo una vez acerca de su hermano: «Tenía entonces veinte años. Me sorprendió ver que era una persona con la que se podía hablar de hombre a hombre. Claro está que nunca volví a verle» (8).

En Nuremberg, Otto Kranzbühler llegó a convencerse de que los sacrificios marciales de Claus, Berthold, Harald y Eckbert fueron decisivos en cuanto a la influencia sobre la conducta de Alfried durante el principio de la guerra. Este «era el mayor de los cinco hermanos; de cuatro, después de la muerte de Claus —explicó Kranzbühler—. Los demás estaban en la guerra, sirviendo como oficiales del Reich alemán. Alfried consideró que aquello era lo menos que podía hacer, que era ese su deber.» Resulta indudable que sus responsabilidades de guerra le obsesionaban. A semejanza de su bisabuelo en 1870-1871, de su abuelo en la lucha por la primera gran Ley Naval alemana de 1898, y de su padre en la contienda de 1914-1918, se sentía plenamente responsable de su papel como armero del Imperio. Abandonó todos los pasatiempos, y no llevaba vida alguna de hogar. Sus amigos eran los que hizo siendo estudiante universitario, pero a comienzos de 1941 dejó de asistir a las reuniones anuales de antiguos alumnos. Fumando continuamente sus Camel (se procuró una enorme reserva de ellos antes de Pearl Harbour), trabajó incansablemente para la firma, el RVE, el RVK, el Consejo Nacional de Armamentos *(Rüstungsrat)*, el Sindicato del Carbón de Renania Westfalia, y del Grupo de Industrias Productoras de Hierro del Noroeste, de la cual era delegado presidente (9).

Conforme crecía su poder, aumentaban también sus responsabilidades en el partido. Sucedió a su padre en los puestos clave que desempeñaba en el nazismo. Mientras que Gustav hojeaba automáticamente declaraciones y despachos que ya no podía comprender, su heredero se afanaba debajo de un retrato de Hitler y del lema escrito en rojo sobre fondo negro: MIT UNSEREM FUHRER ZUM SIEG! (¡CON NUESTRO FUHRER A LA VICTORIA!) Estudiaba complejas estadísticas y enviaba órdenes a Ucrania, Yugoslavia, Dinamarca, Países Bajos y Francia. Berlín observaba su trabajo con gran interés. Goebbels anotó en cierta ocasión en su diario: «Realicé una corta visita a los Krupp... Me recibió el joven Bohlen, que se hacía cargo de la administración de la fábrica en lugar de su padre... Sólo el tiempo dirá si está capacitado para administrar su gigantesca empresa, donde emplea a casi doscientos mil trabajadores, comprendidas las factorías y oficinas filiales» (10). Goebbels terminaba manifestando que su impresión había sido favorable, y esa misma primavera Alfred fue condecorado ceremoniosamente con la *Kriegsverdienstkreuz*.

El camino del deber resultaba menos claro para un *Führer der Betriebe* que para un *Oberleutnant*. A diferencia de sus hermanos, Alfried tuvo que enfrentarse con decisiones trascendentales, y si muestra a veces un exceso de celo en su actuación, resulta justo decir que sus reacciones estaban condicionadas por las circunstancias extraordinarias en que debía obrar. Asimismo pesaban las tradiciones de su dinastía, en las que había sido educado desde su niñez, y por último, el imperio de Krupp era demasiado extenso para que pudiera manejarlo un solo hombre. Mucho de lo que se hizo fue realizado sin su conocimiento. Por ello, Erich Müller y Fritz von Bülow, entre otros, también fueron acusados como responsables en Nuremberg, posteriormente. Además, sólo los cegados por los prejuicios rechazarían los argumentos de la defensa de Alfried en Nuremberg de que «la economía va más allá de las fronteras nacionales, tanto en la paz como en la guerra», y que «actuábamos y nos preocupábamos

por unas situaciones que resultan muy difíciles de comprender y juzgar retrospectivamente» (11).

Habiendo dicho esto, nosotros debemos añadir que realmente es difícil evaluar la actuación de los millones de europeos que se vieron atrapados en las redes de la Segunda Guerra Mundial, incluyendo a los incontables internados de los campos de concentración que buscaron el favoritismo a expensas de sus compañeros de prisión. Exceptuando a aquellos que, como Gustav, ya no eran responsables de sus actos, virtualmente todos los adultos de la Europa continental tenían algo que justificar, algo que habían hecho o dejado de hacer. A pesar de todo, el mundo no estaba completamente loco, y la decencia no había muerto. Otros industriales, aparte de los Krupp, trabajaron en idénticas condiciones, y salieron de allí con la conciencia limpia, con una reputación intachable. Resulta posible trazar una línea, y una vez hecho esto, podrá investigarse en los ficheros de Alfried, durante esos años, determinando cuándo cruzó esa línea para entrar en el terreno ilícito. Al mencionar Auschwitz, se aprecia que el papel de Krupp no tiene ahí defensa alguna, según los principios civilizados. Además, entre otras cosas, esa actuación violaba flagrantemente las leyes laborales alemanas. Alfried no podía alegar, como lo hicieron posteriormente muchos militares, que no tenía más remedio que obedecer órdenes superiores. A él no le pidió el Führer que se aprovechase de las víctimas de Auschwitz, sino que, por el contrario, las explotó voluntariamente.

Ese episodio no es aislado. De acuerdo con las declaraciones de Karl Otto Saur, jefe de la oficina técnica del Ministerio de Speer, Krupp construyó el Berthawerk de Silesia con judíos de Auschwitz, y a pesar de las objeciones de los ingenieros del Gobierno. El proyecto fue sugerido primeramente por Alfried el 5 de febrero de 1942. En junio, Saur trató de dejarlo de lado, pero a fin de anular esa oposición, Von Bohlen, como aún se le conocía entonces, se dirigió a Hitler directamente. El 8 de agosto, Saur, Speer y Alfried se encontraron en el despacho de Hitler con los otros dos dirigentes del RVE, Rohland y Röchling. «Al concluir la reunión —dijo Saur ante el tribunal de Nuremberg—, el señor Von Bohlen fue a ver a Hitler, y luego, en compañía de Speer, se dirigió al cuartel general de Hitler en el parque de Rastenburg, donde yo me encontraba con otros señores. Speer se acercó a mí en presencia del señor Von Bohlen, y me informó de la orden que Hitler había dado de llevar adelante la construcción, y de prestarle toda la ayuda que necesitara... Saqué en conclusión que era un deseo explícito de Hitler, que debíamos obedecer.»

Al preguntarle el tribunal por qué había intervenido el Führer, Saur explicó que el propio Hitler sentía gran admiración y debilidad por el nombre y la familia de Krupp, ya que, repitiendo sus propias palabras, "eran la forja de armas de toda Alemania". El testigo añadió: «Las relaciones entre Krupp y nosotros eran diferentes que con las demás firmas, debido a la posición única de que gozaba Krupp. Me gustaría citar otro caso similar. Por ejemplo, los talleres Hermann Goering se hallaba en una situación parecida.» (12).

Después de la condena de Alfried como criminal de guerra, el barón Tilo von Wilmowsky publicó un áspero ataque contra Saur, acusándole de que había sido «designado en el testamento de Hitler como sucesor *(Nachfolger)* de Hitler», y que «Saur había creado un ambiente insoportable en la economía alemana, con sus toscos modales». Tilo acusó también a Saur de ser racista, y que su fanatismo se ganó la aprobación de algunos norteamericanos:

«El detalle de que una vez emplease en una carta oficial el despectivo término de «poloneses», no le afectó en absoluto [*Dass er die Polen in einem amtlichen Schreiben mit dem Schimpfwort "Polacken" bezeichnet hatte, hat ihm nichts geschadet*]; el hecho de que durante una visita a una fábrica, diera a un trabajador ruso que estaba cerca, una bofetada sin razón alguna, no fueron tenidos en cuenta por el tribunal que juzgaba a Krupp. Ese hombre [Saur], que realmente representaba el "programa de trabajadores esclavos" de los dirigentes alemanes, y que debió de cambiar su asiento con el del acusado, ese hombre hizo todo lo que pudo contra sus víctimas, del mismo modo que lo había hecho bajo el mando de Hitler [*tat genau wie unter Hitler, wieder sein Bestes gegen seine Opfer*] (13).

La lealtad de Tilo hacia su combatido cuñado resulta admirable, pero su escrupulosidad no lo es tanto. Aunque Saur y Speer fueron mencionados en el último testamento de Hitler, que era principalmente una diatriba contra el mundo judío, Saur no tenía nada que ganar apareciendo en Nuremberg como testigo de la acusación. Pero eso está fuera de la cuestión; lo importante es que las consecuencias del Führerbefehl del 8 de agosto eran evidentes para cualquiera, y que Alfried nunca negó que había dejado de comprenderlas. En una declaración firmada por oficiales de Inteligencia aliados, el 26 de junio de 1947, Alfried admitió que «con especial referencia al Berthawerk de Markstädt, cerca de Breslau, es un hecho que para la construcción de los talleres que precedieron a la apertura de esta factoría... se utilizó como mano de obra a numerosos prisioneros del *Konzentrationslager,* lo cual era conocido personalmente por mí», y que admitió que «yo mismo estuve en Markstädt cuatro o cinco veces. Al menos durante una de esas visitas a Markstadt, vi el *Konzentrationslager* Fünfteichen», el campamento donde los prisioneros eran encerrados durante la noche. Allí y en los demás sitios, Alfried fue a la cabeza en cuanto a las órdenes de hacer un uso eficiente de los trabajadores esclavos. El 16 de noviembre de 1943 expresó su opinión a Johannes Schröder, entonces jefe del departamento de contabilidad de la empresa, en el sentido de que una factoría estaba «lejos de ser adecuadamente utilizada» y que «algo había que hacer para emplear a trescientos o cuatrocientos obreros allí») (14).

A los que protestaron porque la leva de trabajadores era inmoral, e ilegal según las leyes internacionales, se les ignoró o mandó callar. Ya en 1941 el envío de rebaños de prisioneros de guerra a las fábricas de Krupp molestó al conservador *Junkerherrschaft.* En Berlín, el almirante Wilhelm Canaris protestó diciendo que se violaban los acuerdos de La Haya, de la Convención de Ginebra, y los principios militares, que habían evolucionado desde hacía un siglo y medio. «A partir del siglo XVIII —manifestó—, éstos se han establecido gradualmente según el concepto de que la cautividad de guerra no es una venganza ni un castigo, sino sólo una custodia protectora, cuyo único propósito es que los prisioneros de guerra no sigan tomando parte en la contienda. Este principio fue establecido de acuerdo con el punto de vista, sostenido por todos los ejércitos, de que es contrario a la tradición militar el dar muerte o herir a personas indefensas.»

Entre aquellos que apoyaron la lógica del almirante se hallaba un Krupianer llamado Albert Schrödter. Durante quince años, Schrödter había administrado el gran Germaniawerft, de Krupp. En 1941 comenzó a recibir enormes grupos de holandeses, belgas y franceses, todos ellos soldados, pero vestidos con el atuendo a rayas de los presos. Comprendien-

do que «el empleo de prisioneros de guerra en un trabajo de armamento no era legal», expuso su criterio ante los directores de Essen. Alfried le explicó que ya había prisioneros de guerra trabajando en la Gusstahlfabrik, y le acompañó por la factoría para que se convenciera. Luego, según Schrödter, el futuro Konzernherr dijo: «Venga a vernos en relación con todos esos problemas. Le enseñaremos cómo lo hacemos nosotros.» El director de Kiel recibió la orden de «arreglar las cosas» para ponerlas de acuerdo con las condiciones locales. «La legitimidad del empleo de trabajadores extranjeros en trabajos de guerra, no puede ser discutida», le advirtió Alfried (15).

El contraargumento a la posición de Canaris fue establecido llanamente por el Feldmarschall Wilhelm Keitel, quien, refiriéndose a la frontera oriental, escribió en el reverso del memorándum del almirante: «Las objeciones surgen del concepto militar de una guerra caballeresca. Pero esta contienda es para la destrucción de una ideología. En consecuencia, yo apruebo y respaldo esas medidas.» De este modo, el desacuerdo toma el aspecto de un cortés debate. Pero en la práctica esas medidas resultaron estremecedoras. Keitel, que fue ahorcado por respaldarlas, nunca se aprovechó de la política del empleo de prisioneros de guerra, ni vio a éstos en acción. Alfried, que se benefició del programa nazi de trabajo, que se percató de los efectos del mismo en sus fábricas, y que repetidamente fue advertido por su personal médico del creciente horror en los campamentos de Krupp, sufrió una condena relativamente pequeña.

El 15 de diciembre de 1942, el doctor Wiele, médico de la familia Krupp, envió un prolongado informe describiendo, entre otros casos, la autopsia de un prisionero que había muerto literalmente de hambre: «No se halló enfermedad orgánica alguna..., si bien se determinó una desnutrición a un grado extremo. El tejido grueso había desaparecido de todo el organismo, y sólo se apreciaba una llamada atrofia gelatinosa. El hígado era pequeño, carente de grasas y de glucosa; la musculatura era débil.» El doctor Wilhelm Jäger, uno de los médicos principales de la empresa, inspeccionó los recintos vallados y llegó a la conclusión de que

> «*Die Lebensbedingungen in allen Fremdarbeiterlagern waren ausserordentlich schlecht. Sie waren stark überbelegt... Tuberkulose war besonders weit verbreitet. Die TB-Rate war viermal so hoch wie die normale Rate. Dies wurde hervorgerufen durch schlechte Unterbringung, elende Qualität und unzureichende Quantität der Ernährung und durch Überanstrengung.*»

> «Las condiciones en todos los campos de trabajadores extranjeros eran extremadamente malas. Se hallaban amontonados en exceso... La alimentación era totalmente inadecuada... Sólo se les daba carne mala, como la de caballo, o carne que había sido rechazada por los veterinarios debido a hallarse infectada con bacilos tuberculosos. La vestimenta, asimismo, era del todo inadecuada. Los extranjeros del Este trabajaban y dormían con la misma ropa con que habían llegado. Casi todos usaban sus mantas como abrigo, cuando hacía frío o llovía. Muchos iban a trabajar descalzos, incluso en invierno. La tuberculosis abundaba mucho. La incidencia de TB era cuatro veces mayor de lo normal. Eso era el resultado de alojamientos inferiores, de escasa y mala alimentación, y del exceso de trabajo.» (16).

Durante su juicio de posguerra, Alfried rara vez alegó, como solían hacerlo muchos otros, que no se había enterado de algunos detalles, o que le fallaba la memoria. Por el contrario, recordó nombres, fechas y

cifras. A un investigador aliado, Maximilian Koessler, le reveló una anécdota asombrosa que demostraba lo extendida que estaba la *Menschenjagden* (caza de hombres), y la escasa diferencia que se hacía al capturar a los prisioneros. Cierto día, Alfried creyó ver un rostro conocido, entre la columna de uniformados KZ. El hombre era Voss van Steenwyk, marido de una prima segunda de Alfried. Le habían detenido en su propiedad de Noordwijk, un balneario situado doce millas al norte de La Haya, y cuando dijo que era pariente de Krupp, los soldados se le rieron en la cara. Alfried admitió que «las minas de carbón de Krupp empleaban cerca del cincuenta por ciento de los trabajadores extranjeros, y que casi las cuatro quintas partes de ellos procedían del Este». Asimismo declaró haber recibido «una carta, dirigida a mí personalmente, y firmada por dieciocho trabajadores holandeses empleados en Essen-Bergeborbeck, fechada el 16 de diciembre de 1952». Los holandeses se quejaban de sus condiciones de trabajo. Krupp manifestó que trasladó la petición a un subordinado (17).

Fue esta falta de humanidad, aseguró Ewald Löser después de la guerra, lo que provocó su ruptura con el Konzern. Según dijo, se había opuesto al trabajo de los prisioneros: «Tuve discusiones acerca de esos asuntos con Gustav Krupp, Alfried Krupp y [Paul] Görens», y esas disputas «finalmente me hicieron dejar la firma». Las tentativas de Löser para que se le considerase opuesto al reclutamiento de trabajadores extranjeros, produjo un estallido de cólera en Alfried, durante el juicio de Nuremberg. Negó que su antiguo rival hubiese puesto alguna objeción al programa, y añadió con vehemencia: «Es incorrecto que esa fuera una de las razones de su renuncia.» (18).

El tribunal creyó a Löser, y con razón, ya que se demostró que éste odiaba los campamentos de trabajo. En Berlín, durante el otoño de 1942, dijo a Sauckel: «Debe usted tener cuidado para que la historia no llegue a considerarle algún día como un tratante de esclavos.» El pequeño «plenipotenciario para el reclutamiento de trabajadores» contestó: «No es esa mi intención, pero debo conseguir los obreros; es mi trabajo.» Löser rogó a Sauckel que visitara Essen para comprobar las condiciones lamentables en que se hallaban los trabajadores; también insistió ante Gustav tan tenazmente en favor de ellos, que cuando Berthold llegó a su casa con permiso, Bertha le confesó que le disgustaba ver llegar a Löser a la colina: «Siempre nos trastorna. Cuando se marcha, tu padre queda con un terrible dolor de cabeza, y tenemos que darle algo para que se duerma.» Pero Löser también trató con esclavos. Sus jueces no pasaron esto por alto; colocó su firma en numerosos documentos comprometedores, y ordenó a bastantes directores de fábricas —incluyendo a Schrödter, del Germaniawerft, de Kiel— que empleasen prisioneros de guerra, civiles encarcelados, e internados de los campos de concentración (19).

Hacia 1960 abandonó el tema de los prisioneros. «Krupp había sido una compañía de accionistas —manifestó—. A todos los efectos, Alfried se convirtió en el único propietario el primero de abril de 1943. La posición que yo detentaba, con responsabilidad directa en el Vorstand, fue abolida. En el futuro habría un solo dirigente. Yo no deseaba servir a sus órdenes, y tampoco Alfried Krupp me quería a su lado.» Eso ya se acerca más a la verdad. Los motivos de Löser, como los de la mayoría de sus compañeros en la conspiración, eran de diversa naturaleza. De haber tenido éxito el atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler, todos se habrían convertido en figuras dominantes del Reich, y en cualquier parte donde Löser hubiera trabajado, en el Gobierno, en la industria o en la subversión, habría sido un dirigente impulsivo y de desmedida ambición (20).

A pesar de todo, sus roces con Alfried eran algo más que una lucha

sorda por el poder. Las diferencias ideológicas se ponían claramente de manifiesto. De haber pretendido sólo prestigio y autoridad, Löser jamás hubiera ido al Ruhr. Con su capacidad fuera de lo corriente, pudo haber prosperado en su nativa Sajonia, y más tarde en Berlín. Pertenecía a una clase de hombres que siempre se ha levantado hasta lo más alto en Alemania, tanto durante el Segundo Reich como en el Tercero, y como en Bonn, actualmente. El hecho es que, en efecto, provocó una disputa con Alfried acerca de la llegada de 80.000 nuevos trabajadores extranjeros. Hizo gala de valor, pues se estaba jugando algo más que su carrera. Aunque solapadamente, estaba corriendo un peligro mucho mayor.

En 1937, inmediatamente después de unirse a la empresa, Löser se hizo miembro de la organización subversiva Kleine Kreis (Pequeño Círculo), un grupo de siete directivos del Ruhr que se reunían mensualmente para encontrar una forma de eliminar a Hitler. Mientras tanto, la conspiración de conservadores alemanes antinazis iba creciendo. Ese mismo año, Carl Goerdeler, antiguo jefe de Löser en Leipzig, efectuó una gira por las democracias occidentales. En Estados Unidos habló con Cordell Hull, Summer Welles, Henry Wallace, Henry Morgenthau, jr., y con el senador Robert A. Taft, tratando de persuadir a todos de que el Führer no estaba fanfarroneando, sino que pretendía eliminar a sus enemigos. Goerdeler se trasladó a Londres durante el verano de 1939 para advertir a Chamberlain, Churchill y lord Halifax, asegurándoles que la Wehrmacht invadiría Polonia a finales de agosto.

Su fuente de información era el barón Ernst von Weizsaecker, el nuevo Holstein de Wilhelmstrasse, y uno de los conspiradores más importantes. En el mes de octubre siguiente, estando ya Inglaterra y Francia en guerra con Alemania, Goerdeler cruzó de nuevo la frontera con un informe proporcionado por Weizsaecker, esta vez para alertar a los belgas acerca de la invasión alemana. Como las ideas de Goerdeler eran ampliamente conocidas, y siendo un hombre extrovertido, que se expresaba con franqueza casi suicida, los riesgos que estaba corriendo eran inmensos. Löser los compartió, y siendo miembro del triunvirato de Essen, secretamente fortaleció sus vínculos con Goerdeler. En marzo de 1942 los conspiradores establecieron una organización efectiva, y en noviembre tomaron contacto con Allen Dulles en Suiza. Luego, a partir del 22 de enero comenzaron las reuniones regulares del gabinete fantasma. Dos meses más tarde, tras la apacible renuncia del *Finanzdirektor* de Krupp, Dulles se enteró, según pudo recordar más tarde, que después de la rebelión —si tenía éxito—, «el ministerio de Finanzas sería desempeñado por un conservador llamado Löser» (21).

Tremendos contratiempos acompañarían a los conspiradores hasta el final. El 21 de marzo se intentó un golpe de mano en el Zeughaus de Unter den Linden. Hitler se presentó para celebrar el *Heldengedenktag*, y casi estuvo a punto de convertirse también en un héroe caído. Le salvó en el último momento un cambio de programación. La «Operación Relámpago» como la llamaron los conspiradores, fue archivada, y los confabulados se dispersaron.

Diez días más tarde, hablando en Essen el doctor Friedrich Janssen por *die Firma*, dijo a la Prensa que herr Löser, agotado por un exceso de trabajo, había dejado el Konzern para trasladarse a Suiza. Se fue, pero volvió. Su inspiración era Goerdeler, el cual visitó el Ruhr ese mes de julio, cruzó por entre los escombros de los edificios bombardeados, y escribió luego: «El trabajo de un millar de años está destrozado», pidiendo que se hiciera algo para acabar con la «locura» nazi. Ingresar de nuevo en el Hauptverwaltungsgebäude hubiera sido humillante para Löser, y tal vez imposible; pero no era necesario. El doctor Hans Beusch,

director del programa de bienestar social de la firma, había trabajado con él en la administración de Goerdeler en Leipzig, y se hallaba comprometido en el asunto; Beusch podía estar al tanto de los movimientos del joven Krupp, y mediante sus contactos con Berlín, también sabría de los planes del Gobierno para el Ruhr. En consecuencia, Löser aceptó una sinecura, y se convirtió en administrador de una fábrica de aparatos de radio de Eindhoven, Holanda, que había sido confiscada (irónicamente esta designación colocó su nombre en la lista de criminales de guerra de los Aliados), mientras se preparaba para dirigir los asuntos financieros de un Reich libre del Führer (22).

En las fotografías de esos años, el atildado, rollizo y aplomado Löser de la década de 1930 (y de la de 1960) no aparece. En su lugar se ve a un hombre sombrío y apasionado. Está delgado, las ropas le cuelgan flojas y parece tener los dientes continuamente apretados. Su aspecto es el de un político a punto de dirigirse a un auditorio escéptico. Siempre aparece inclinado hacia adelante, con los puños cerrados. No es de extrañar, ya que en los seis meses que siguieron a su marcha de Krupp, intervino al menos en seis atentados contra la vida de Hitler. Cada fracaso parecía más absurdo, prometiendo un éxito en la siguiente oportunidad. Para entonces Löser ya tenía su vida totalmente en juego en el asunto. A veces el futuro no parecía prometer más que desesperación. Incluso hubo disensiones entre los confabulados. Sin embargo, una meta común les unía. Una vez que Hitler hubiera sido eliminado, Alemania estaría libre de nuevo. Ese otoño las esperanzas se centraron en un conspirador relativamente desconocido, y en un plan —con el nombre clave de Walkiria—, que parecía impecable. La figura principal era un *Oberstleutnant* (teniente coronel) que tenía precisamente la misma edad que Alfried. En consecuencia, el sino de Löser y del doctor Hans Beusch iría unido al de este idealista descendiente de Gneisenau, el conde Klaus Philip Schenk von Stauffenberg, que contaba entonces treinta y seis años.

Si el Führer hubiera volado en pedazos en 1943, Alfried Feliz Alwyn von Bohlen und Halbach, también de treinta y seis años, se habría sentido indignado, y no sólo porque era un decidido seguidor de Hitler. Mientras Löser trabajaba subterráneamente, Alfried se alzaba hasta lo más alto. Ya el jefe *de facto* del Konzern, se disponía a convertirse en jefe *de jure.* El testamento de su bisabuelo, escrito en 1822, estableció lo que en aquella época había parecido un plan infalible. Según los abogados de la empresa explicaron a este autor, Alfred Krupp había previsto un *fideikommiss,* «estableciendo la línea de sucesión para tres herederos, de tal forma que la parte industrial de la propiedad no sería dividida, sino que en vez de ello, recaería en un sucesor cada vez que cambiara de manos. Estos tres herederos eran Friedrich Alfred Krupp, Bertha Krupp, y el hijo mayor de Bertha Krupp».

Esto dio buenos resultados cuando la heredad de Fritz pasó a manos de Bertha. Desde entonces, los capitalistas se introdujeron en la firma, y la transferencia de la propiedad se había vuelto particularmente complicada. Un acta de 1920, relacionada con el código de leyes de 1794, impedía el nombramiento de un heredero único, a menos que fuera un niño, lo cual no era el caso de Alfried. Además, la firma se hallaba en la cúspide de su prosperidad, comprendidos los trescientos cincuenta y seis años de su existencia. Los impuestos basados en su actual valor, acabarían con la propiedad.

Por consiguiente, había que hacer algo, pero fuese lo que fuere, no iba a resultar fácil. A primera vista la solución parecía bastante sencilla.

Hitler no sólo era un amigo, sino que su destino estaba ligado al de la familia Krupp. Y podía hacer prácticamente lo que quisiera en Alemania (el 26 de abril de 1942 su sello de goma del Reichstag le había conferido realmente el derecho de decretar la sentencia de muerte contra cualquier ser humano, en el Reich). Pero hasta un régimen totalitario debe considerar los peligros de establecer precedentes, y los demás barones del Ruhr estaban observando de cerca lo que ocurría. Un mes después del divorcio de Alfried, acaecido en 1941, Gustav comenzó a trabajar en busca de una solución. Durante sus rachas coherentes proyectó una legislación para crear «legados industriales» *(industrielle Erbhöfe)* que estarían limitados a «propiedades dejadas por firmas de reputación mundial, que han adquirido una posición especial como consecuencia de sus servicios y tradiciones» (23); es decir, que se refería precisamente a Krupp. Los propietarios de tales firmas podrían nombrar sus sucesores, quienes, a su vez, abonarían una anualidad mínima al Reich. Se trataba de un plan astuto, e indudablemente Alfried ayudó a su padre a idearlo, pues fue el futuro Krupp quien entregó el documento nueve meses más tarde en el *Wolfsschanze* (cubil del lobo) de Hitler, situado en Rastenburg, zona de Prusia Oriental, donde Stauffenberg depositaría su cartera dos veranos más tarde. La visita del heredero había sido precedida de una minuciosa correspondencia entre el decadente señor de Essen y Martin Bormann. A pesar de todo, la visita de Alfried no suscitó una respuesta inmediata. La burocracia es igual en todas partes del mundo, y el lobo tenía otras cosas de qué ocuparse, entre ellas la invasión de la URSS, y el duelo al sol entre Rommel y Montgomery.

Gustav llamó la atención del Cubil del Lobo en repetidas ocasiones, pero sin éxito aparente. La disminución de sus facultades había comenzado a alarmar al anciano, que deseaba dejar arreglado el asunto de una vez. Durante el vigésimocuarto aniversario del crimen de noviembre, efectuó la tentativa una vez más:

11 de noviembre de 1942.

«*Mein lieber Herr Bormann!*

»Hoy hago de nuevo referencia a mi carta del 27 de julio, agradeciendo al mismo tiempo el envío de la suya del 21 del mismo mes, para tratar de la conversación que tuvo con usted mi hijo Alfried en el cuartel general del Führer el 10 de agosto, acerca de la salvaguardia de la firma Krupp en el futuro... Si existe alguna duda relacionada con las ideas fundamentales del proyecto de ley, estaré siempre a su disposición, durante su estancia en Berlín. Mi hijo Alfried, por su parte, tendrá el placer de visitarle como representante mío en cualquier otro lugar que pueda convenirle a usted [*mein Sohn Alfried seinerseits würde sich freuen, Sie als mein Vertreter an irgendeinem anderen Ihnen passenden Ort besuchen zu dürfen*].

»*Mit alter Hochachtung un Dankbarkeit und*

»*mit Heil Hitler*

»*Ihr*

»*KBH.*»

La correspondencia que siguió revela que Bormann estudió cuidadosamente aquella carta, cuyo texto comprendía un resumen de los pensamientos de Gustav. Aunque estaba seguro de que el bienestar social de

los Kruppianer quedaría asegurado «por el partido y el Estado, cada vez más en el futuro», consideraba que la gente que trabajaba para él tenía derecho a incentivos para «promocionar sus talentos intelectual y técnico, exigencia social que los trabajadores de Krupp merecen». Pensaba establecer «una especie de lugar de aprendizaje para los artesanos, que financiaría la compañía», y modestamente proponía el nombre de Gustav-Haus. Había otros párrafos similares, pero Bormann advirtió en seguida que el asunto era muy complicado. Gustav pensaba que había que hacer algo por Alfried, y con toda rapidez: «Al considerar esta cuestión, estamos seguros de que bajo las actuales leyes el punto principal del problema no puede ser resuelto. Debemos hallar una forma enteramente nueva... creando una nueva legislación.» (24).

Lo que el viejo Krupp deseaba era una monarquía industrial absoluta. Insistió en que el Reich debía reconocer la existencia del *Staat im Staate* autónomo de la familia, dirigido por un *Konzernherr* independiente. Eso era algo más que protección a la eficacia de la firma, conservación de su patrimonio y exención de impuestos. Se trataba de un concepto enteramente nuevo, que contrariaba una larga serie de estatutos que comenzaron con la revolución industrial. A pesar de todo, Hitler aprobó el proyecto. Con su áspera e inimitable voz, dijo a Bormann: «*Jawohl*».

Sin embargo, eso no debía suponer una nueva legislación para todos los negociantes, ya que ello hubiera abierto una caja de Pandora. Todos los miembros del Gobierno se verían abrumados por peticiones semejantes, y no les quedaría tiempo para ocuparse de la guerra. No, ésta sería una ley para una sola familia, exceptuada de la jurisdicción de los ministros de Justicia, de Economía y de Finanzas. Si se les pedía su consejo, naturalmente protestarían. Por lo tanto, no se les diría nada. Este privilegio exclusivo se concedía debido a la prolongada historia de lealtad de la dinastía Krupp a las aspiraciones del militarismo alemán, y en especial, a su inquebrantable fidelidad al partido nacional socialista alemán de los trabajadores. El Krupp reinante y su heredero habían tenido fe en el Führer. En consecuencia les recompensaban, pero no lo hacía el Reich, sino el partido. Las complicaciones del Reichstag serían ignoradas. Bormann, el delegado jefe de los nazis y jefe de la cancillería del partido, junto con Hans Lammers, secretario de Estado nazi que había servido como consejero legal para el decreto del Führer del 29 de junio de 1941, designando a Goering como su sucesor en caso de muerte, arreglarían los detalles entre ellos.

Cuatro días antes de Navidad, enviaron a la dinastía un regalo. Un reluciente «Mercedes» negro avanzó suavemente hasta detenerse ante la puerta del castillo de los Krupp, y un miembro de las SS, impecablemente uniformado, salió del vehículo con una cartera de cuero atada a la muñeca. Como mayordomo principal, Karl Dohrmann abrió la puerta. El mensajero se dirigió hacia la biblioteca y entregó a Gustav un sobre de gran tamaño. La carta que contenía, decía así:

Der Führer der Partei-Kanzlei
An: Dr. Krupp von Bohlen und Halbach
PERSÖNNLICH

Essen, auf dem Hügel

«*Lieber Herr von Bohlen!*

»Hace ya quince días que informé verbalmente al ministro del Reich, doctor Lammers, de que el Führer desea una "Lex Krupp" totalmente ideada para la conservación de la empresa familiar de Krupp. El ministro doctor Lammers me ha prometido que tratará

con usted el asunto verbalmente [*Herr Reichsminister Dr. Lammers hat mir versprochen, die ganze Angelegenheit mit Ihnen mündlich zu erörtern*]. Le será grato ir a Essen, ya que no conoce las fábricas.

»Le deseo sinceramente a usted, a su familia y a sus talleres, todo lo mejor para el Nuevo Año. Quedo siempre

»*Ihr* (suyo)

»*gez.* BORMANN.» (25).

Los detalles llevaron tiempo, pero hacia el Año Nuevo se cruzaban frecuentes cartas entre Bormann y Gustav, y Alfried conferenciaba regularmente con Lammers. Al redactar la Lex Krupp, Lammers actuaba como un precursor constitucional. El 9 de enero, Gustav escribió:

«*Lieber Bormann,*

»Mi hijo Alfried y yo hemos tenido hoy una conversación con el doctor Lammers, el cual demostró un perfecto acuerdo mutuo. [*Mein Sohn Alfried und ich hatten heute eine Unterredung mit Dr. Lammers, aus der sich vollständige gegenseitige Übereinstimmung ergab.*] No quiero dejar de informar a usted de esto, y al mismo tiempo agradecerle el recibo de su amistosa carta del 31 del mes pasado. Dentro de poco tiempo, Alfried, en compañía de nuestro notario público, presentará más documentos a la atención de herr Reichsminister Lammers. Mi esposa y yo enviamos a usted y su familia los mejores deseos para 1943. Que sea un año de bienestar y beneficios para nuestro pueblo, y especialmente para nuestro Führer, que es su símbolo.

»*Heil Hitler!*

»*Ihr*

»G. v. B. u. H.» (26).

A pesar de los buenos deseos de G. v. B. u. H., la segunda ofensiva de invierno de Rusia se inició veinticuatro horas más tarde. A las 8 de la mañana del 10 de enero de 1943, en el mismo momento en que el hijo mayor de Gustav estaba desayunando con cinco funcionarios de Berlín, y manifestando que la dinastía Krupp era acreedora a un reconocimiento especial debido a que la familia siempre había suministrado al Reich las mejores armas de Europa, las líneas rusas que rodeaban a Stalingrado iniciaron un atronador y continuo bombardeo con siete mil cañones soviéticos. Las veintidós divisiones nazis que se hallaban en la bolsa se vieron superadas en cuanto a efectivos de artillería.

Dentro de la ciudad, que el dictador soviético había bautizado con su nombre en 1925, los efectos fueron devastadores. Los alemanes se vieron cogidos en una trampa mortífera. En noviembre quedaron atrapados 330.000 alemanes. «Ahora —hizo notar el diario *Estrella Roja*—, no hay esperanzas para ellos; están limitados a hacer de veinticinco a treinta disparos por día, y sólo pueden hacerlo cuando les atacan... Aquí, en las frías y oscuras ruinas de la ciudad que ellos destruyeron, encontrarán nuestra venganza; la hallarán bajo las crueles estrellas de la noche invernal rusa.» (27). Ni siquiera los Junker 52 fueron capaces de llevar suministros. Cuando Paulus se rindió a un teniente ruso en el vigésimo cuarto día de las salvas de Vorochilov, quedaban escasamente 80.000 supervivientes alemanes, temblando míseramente ante una temperatura de 44 grados bajo cero. El Führer proclamó cuatro días de luto nacional. Incansablemente la radio del segundo piso de Villa Hügel emitía la marcha fúnebre de *Sigfrido*, y también *Ich hatt' einen Kameraden,*

Wir mir die Hand noch reichen,
Wieweil ich eben lad:
Kann dir die Hand nicht geben,
Bleib' du im ew' gen Leben
Mein guter Kamerad!

Su mano trató de aferrar la mía,
Cuando yo reanudé la carga;
Mi mano nunca le alcanzó,
Pero él estará en el cielo,
¡Mi buen camarada!

Alfried se hallaba en la capital, renovando su ataque contra los bastiones de la ley comercial, en compañía de tres *Kameraden,* subordinados de Lammers. El 24 de febrero, cuando por ver primera el DNB empleó la amenazadora palabra *Götterdämmerung,* Gustav escribió a Lammers desde Bad Gastein, en las cercanías de Blühnbach, manifestando: «Mi hijo me informa que junto con el doctor Jöden ha tenido una conversación con el ministro de Estado Kritzinger el sábado pasado, durante la cual herr Winnuhn también estuvo presente. La conferencia tuvo un espléndido resultado, al quedar convenido el asunto principal... Debemos solicitar la ayuda del Estado en este aspecto, ya que para conservar la unidad de la administración en manos de un solo hombre, debe establecerse un acuerdo relativo a la legislación hereditaria, que difiera de las leyes de herencia en vigor actualmente...» (28).

La salud de Gustav iba empeorando rápidamente. Su dolencia nerviosa se había acentuado, y por vez primera en su vida comenzaba a descuidar su aspecto personal. A veces se orinaba en los pantalones, sin que se le ocurriera cambiárselos. Solo ya, Alfried continuaba su asedio sobre Lammers, Bormann y hasta el mismo Führer. Pero no tenían tiempo para él. En un principio Gustav había establecido su formal abdicación para el 31 de marzo. Postergó la ceremonia tres meses más, pero tampoco ocurrió nada. El Lobo de Prusia Oriental se hallaba preocupado con las batallas de Kharkov, Tanganrog, Bryansk, Smolensko y Kiev, en todas las cuales la Wehrmacht fue derrotada. También le preocupaba la pérdida del Norte de Africa y de Sicilia, la invasión de Italia, y el derrocamiento de Mussolini, que deprimió profundamente los ánimos en el Cubil. Por fin, el 12 de noviembre, convencido de que los rusos habían sido contenidos, y que los Aliados se hallaban estancados en Salerno, Hitler hizo una pausa para arreglar los asuntos domésticos y colocó su firma en el documento que Lammers había preparado. Después de citar la ejemplar contribución de la dinastía Krupp a las fuerzas armadas alemanas durante tres guerras, el Führer decretaba, entre otras cosas:

«Der Eigentümer des Vermögens der Krupp-Familie ist dazu berechtigt, dieses Vermögen zur Errictung eines Familienunternehmens mit genau festgelegter Nachfolge zu verwenden.»

«El propietario de la fortuna de la familia Krupp queda facultado para usar sus bienes y para establecer una empresa familiar con una sucesión especialmente regulada.»

Y se añadía en seguida:

«Der jeweilige Eigentümer des Unternehmens soll den Namen "Krupp" vor seinem Familiennamen tragen.»

«Quienquiera que sea el propietario de la empresa, llevará el nombre Krupp antepuesto al de su apellido.» (29).

Al día siguiente, un miembro de las SS entregó el histórico decreto en Villa Hügel, y cuarenta y ocho horas después, en la sombría tarde del 15 de noviembre, una caravana de lujosos «Mercedes» ascendió la colina. Gauleiters nazis, dirigentes de la Gestapo y de las SS, generales, almirantes, y lo más importante de todo, los abogados de la empresa, se reunieron con Gustav, Bertha y Alfried en el gran salón. El sillón del viejo Krupp se hallaba a escasa distancia del retrete, rodeado por un par de criados, vigilantes ante la menor señal de alarma. Pero el anciano ni siquiera tenía que levantarse a firmar.

Sólo se requería obligatoriamente la presencia de dos personas: la Reina de los Cañones, y el futuro Rey de los Cañones. Bertha se puso en pie la primera. A los cincuenta y cinco años aún era una mujer vigorosa, y leyó con voz firme el papel que le tendieron sus abogados: «Renuncio a la propiedad de la empresa familiar en favor de mi hijo Alfried, el cual, de acuerdo con el estatuto redactado en base al decreto del Führer, se convierte en el propietario de la empresa familiar.» Habiendo desheredado a Berthold, Harald, Eckbert, Irmgard, Waldtraut y a la viuda de Claus con una sola frase, prosiguió diciendo: «De acuerdo con el decreto del Führer, mi hijo será conocido con el nombre de Alfried Krupp von Bohlen und Halbach, desde el momento en que se convierta en el propietario.» Luego sonrió a su primogénito, y volvió a sentarse. Alfried se puso en pie, a su vez. «Estoy de acuerdo con la anterior declaración de mi madre —dijo lentamente—, y me hago cargo de la propiedad de la empresa familiar.» Hubo un prolongado e impresionante silencio, mientras Alfried observaba a cada uno de los testigos. Entonces Gustav lo estropeó todo. Cuando la mirada de Alfried Krupp se detuvo sobre el anciano, observó que las manos de éste se agitaban nerviosamente. Con toda rapidez los dos criados le alzaron en vilo y le llevaron hasta el vecino *Klosett*. En el embarazoso silencio que siguió, oyóse el ruido que hacían al tirar de la cadena (30).

La Lex Krupp apareció publicada en la *Reichsgesetzblatt* (Gaceta Legislativa del Reich) del 20 de noviembre. Tres semanas más tarde los directores de la empresa la ratificaron. El Führer «sancionó» formalmente el acta aprobatoria de *die Firma,* y durante las Navidades, Gustav, con la ayuda de Bertha, redactó penosamente su última carta coherente. Estaba dirigida, como correspondía, a Adolf Hitler.

Dezember 29, 1943.

«Mein Führer!

»Gemäss Verordnung von 12. November 1943 haben Sie Ihre Einwilligung gegeben, der Nachfolge bei den Krupp Familienunternehmen eine besondere Grundlage zu gewähren...

»Auf diese Weise haben Sie einen Wunsch verwirklicht, den ich und meine Frau seit Jahren hegten, und unsere Herzen ihrer grossen Sorge um die Zukunft der Krupp Werke entlastet... Dieser Grundauffassung von Alfred Krupp zufolge wünschen meine Frau und ich ebenfalls, die Nachfolge so zu bestimmen, dass nur ein Nachfolger unserer Familie das Betriebseigentum erben würde...»

«En virtud del decreto del 12 de noviembre de 1943, usted ha dado su consentimiento para la fundación de la empresa de la familia Krupp, de acuerdo con principios especiales de sucesión, y el 21 de diciembre de 1943 usted aprobó el estatuto de la empresa familiar, establecido aquí el 15 de diciembre de 1943.

»Con esto ha hecho usted realidad un deseo que mi esposa y yo acariciábamos desde hacía años, y con ello alivia nuestros corazones de una gran preocupación sobre el futuro de los talleres Krupp. La conservación de los establecimientos Krupp en manos de una sola persona, y en consecuencia el asumir plena responsabilidad un solo miembro de la familia, ha sido ya el anhelo del abuelo de mi esposa, Alfred Krupp. Este propósito ha encontrado clara expresión en su testamento, donde, a fin de evitar cualquier división de la propiedad, estipuló la sucesión de herencia durante tres generaciones, de tal modo que sólo uno de los futuros legatarios, el de mayor edad, heredaría la propiedad familiar. Siguiendo este concepto básico de Alfred Krupp, mi esposa y yo también deseamos estipular la sucesión de ese modo, a fin de que sólo un sucesor de nuestra familia herede la propiedad familiar...» (31).

Con su estilo tedioso, Gustav pasaba revista a la historia de la ley de empresas comerciales alemanas, al derecho consuetudinario alemán, y a la contribución de su dinastía a los gloriosos hechos de armas librados en Sedán, Lieja, Jutlandia, el primer bombardeo de París, Verdún, Tannenberg, la blitzkrieg de 1940, el asedio de Sebastopol, y la ofensiva de los submarinos en ambas contiendas. Manifestó que era su mayor deseo que el eje Berlín-Essen pudiera verse fortalecido, asegurando a futuras generaciones de alemanes, que ellos, como sus antepasados, podrían gozar de inolvidables momentos con las conquistas teutónicas.

«Con su decreto, mi Führer, este objeto se ha conseguido ahora [*Durch Ihre Verordnung, mein Führer, ist dieses Ziel nun erreicht worden*]. Mi esposa y yo, así como toda la familia, le quedaremos siempre profundamente agradecidos por esta prueba de confianza, y haremos todo lo que esté en nuestras manos para preparar a nuestro hijo Alfried, el actual propietario de la empresa familiar; para la tarea de mantener, y si es posible acrecentar la producción de los talleres de Krupp, tanto en la paz como en la guerra, en su espíritu y para el beneficio de nuestro pueblo.

»Le damos a usted nuestras especiales gracias, mi Führer, también por el gran honor y el reconocimiento que usted nos ha dispensado, con la promulgación de este decreto, a 132 años de trabajos de Krupp, llevados a cabo por muchas generaciones de fieles seguidores, y alentados y dirigidos por cuatro generaciones de la familia Krupp [*von vier Generationen der Familie Krupp gesteuert und geleitet*].

»Sus agradecidos,
»BERTHA KRUPP VON BOHLEN UND HALBACH
»GUSTAV KRUPP VON BOHLEN UND HALBACH.» (32).

La segunda firma, desde luego, era inadecuada, evidentemente. Desde ese momento en adelante, sólo Alfried detentaría el título y el poder. Este había entrado en posesión de una herencia fabulosa; las 300.000 acciones no representaban su verdadero valor, puesto que su evaluación en los libros, de 500 marcos cada una, era anticuada. Desde que Hitler se hizo cargo del poder, en 1933, el capital de la empresa había ascendido

de 72.962.000 marcos hasta 237.316.093 marcos. Además, en esta evaluación no se incluían las empresas que se confiscaron en las naciones conquistadas. A pesar de la guerra, los negocios nunca habían marchado tan bien. En 1943 las ventas de Krupp llegaron a un nivel jamás superado, ni siquiera durante 1939. Por otra parte, la familia recibió generosas asignaciones de los territorios ocupados por Hitler en Francia. Alfried se había convertido en monarca del complejo industrial más grande del continente. Aparte del Führer, que hizo esto posible, nadie en Europa podía equipararsele: tenía siete altos cargos en el Gobierno y en el partido nacional socialista, cada uno de los cuales le hubiera permitido tratar directamente con el Führer, aun cuando su nombre no hubiera sido el de Krupp (33).

En la mañana del mismo día en que sus padres enviaron la misiva de gratitud al Wolfsschanze, el nuevo *alleinige Inhaber* promulgó la primera orden de su reinado:

> *«An die Betriebe, Büros und Zweigwerke - Betrift: Umwandlug der Aktiengeselischaft in die Einzelfirma Friedrich Krupp...*
>
> *»Gemäss Entscheid durch die Generalversammlung von 15 Dezember 1943, wurde die Friedrich Krupp Aktiengesellschaft in die Einzelfirma Friedrich Krupp, mit Sitz in Essen, umgewandelt...*
>
> *»Der Inhaber des Familienunternehmens trägt die volle Verantwortung und leitet das ganze Unternehmen. Um ihn in seiner Aufgabe zu unterstützen, hat er eine als "das Direktorium" bezeichnete Geschäftsführung ernannt.»*

> «A los talleres, oficinas y empresas filiales. Tema: Transformación de la Aktiengesellschaft en la empresa individual Friedrich Krupp...
>
> »En la decisión de la junta general del 15 de diciembre de 1943, la Friedr. Krupp Aktiengesellschaft fue transformada en la firma de propiedad individual Friedrich Krupp, con sede central en Essen. En la misma fecha, y con asignación simultánea de artículos de incorporación a Fried. Krupp, la firma fue atribuida en su única propiedad a herr Alfried von Bohlen und Halbach. Tras la renuncia de los funcionarios correspondientes, la empresa familiar así establecida llevará el futuro nombre comercial de:
>
> Fried. Krupp...
>
> »Herr Alfried von Bohlen und Halbach usará en adelante el nombre de herr Alfried Krupp von Bohlen und Halbach.
>
> »El propietario de la empresa familiar será responsable de la dirección de todo el establecimiento. Para asistirle en la administración del negocio, ha procedido a nombrar un directorio.» (34).

En realidad, añadía Alfried en un apartado, el Direktorium sería idéntico al antiguo Vorstand «con la excepción de herr Löser, que ha renunciado». A semejanza de muchos de sus compatriotas, Alfried consideraba las formalidades como algo digno del mayor respeto. Por ello ordenó que se cambiaran los membretes, sellos de goma «y otras fórmulas corrientes». También se vanaglorió de que el 15 de diciembre, por orden de Adolf Hitler se hizo cargo de los deberes de su padre como dirigente nazi de la empresa. Pero su preocupación por las designaciones y saludos oficiales era sólo un medio para lograr un fin. Ahora poseía una autoridad absoluta, y quería que un cuarto de millón de Kruppianer lo supieran.

Esa primera orden fue promulgada por Görens y Janssen, posiblemente debido a que Alfried no quería demostrar que había despedido a Löser. Pero había llegado el momento de actuar en su propio nombre. El 11 de enero, y con motivo de honrar el undécimo aniversario del régimen nazi, promulgó un decreto estableciendo los deberes del Direktorium y delimitando su propio papel con dos inequívocas frases que resultarían perjudiciales para él en Nuremberg:

> *«Der Inhaber des Familienunternehmens trägt die alleinige Verantwortung für die ganze Firma und ist deren Haupt... Alle wichtigen Angelegenheiten müssen mir sowie auch den Mitgliedern des Direktoriums zur Entscheidung vorgelegt werden.»*
>
> «El propietario de la empresa familiar es el único responsable de la totalidad de la firma, y es el jefe de la misma... Todos los asuntos de importancia deberán ser sometidos a mí, así como a los miembros del directorio, antes de tomarse una decisión.» (35).

Al contemplar los acontecimientos desde la distancia, todo aquel regateo con Bormann, el cambalacheo con Lammers y el definitivo gozo ante la decisión del Führer puede parecer algo fútil. Al Tercer Reich, después de todo, sólo le quedaban tres años de vida. Pero lo más singular acerca de Krupp, tal como lo apreciamos actualmente, carecería de sentido si no lo considerásemos dentro del marco de la época. El hecho se centra en torno a aquella fecha del 15 de diciembre de 1943. Las publicaciones de Krupp y los textos escolares de Alemania Occidental señalan que Alfried se convirtió en único propietario de la firma en ese día. El significado de la fecha reside en que en aquel frío viernes, hace un cuarto de siglo, el Vorstand, obedeciendo un decreto de Hitler, se disolvió él mismo, inclinándose ante el nuevo propietario. Fue el día en que la Lex Krupp realmente entró en vigor (36).

Las consecuencias de esto no se han apreciado debidamente en Alemania. Incluso la oposición socialdemócrata, que lleva combatiendo a la dinastía desde hace un siglo, y sabe que muchas de las leyes nazis aún siguen siendo válidas, ha ignorado esta ley. Pero durante una entrevista con el autor de este libro, veinte años después de que Alfried diera su primera orden al Konzern como único propietario, sus abogados confirmaron que «los acuerdos especiales de 1943 entre el Gobierno y Krupp» eran la base legal para su dominio de la propiedad familiar durante la posguerra, y estaban convencidos de que la Lex Krupp, con sus extraordinarias ventajas en materia de impuestos, se aplicaría si su hijo reclamaba el legado dinástico (37). Despojado de tecnicismos y eruditas acotaciones al margen, esto sólo tiene un significado: Alfried Krupp, el más adinerado y prestigioso industrial del Mercado Común Europeo durante los comienzos de la década de 1960, retuvo su posición hasta su muerte, gracias a una autorización especial de Adolf Hitler, Führer del Reich. El Lobo fue muerto y su guarida destruida, pero el único miembro que quedaba de la manada seguía conservando afilados los colmillos.

Cuando se marchó de su Wolfsschanze, Hitler regresó a la cancillería del Reich en Berlín, aquel enorme palacio de mármol, feldespato, piedra roja, puertas colosales y lámparas barrocas que él mismo había diseñado, y que en resumen hacían del edificio, después de Villa Hügel, el más espantoso de Alemania. Y cada día se volvía menos habitable. Los raids aliados lo dejaron reducido a un esqueleto lleno de escombros. Pero

treinta metros debajo del jardín de la antigua cancillería, se había construido un refugio. Llegando desde el interior de la cancillería, por unas escaleras que descendían hasta los almacenes del mayordomo, el conjunto comprendía doce habitaciones, ninguna de ellas demasiado amplia, y desde allí una escalera curva descendía a un recinto aún más profundo y no menos reducido. Este era el Führerbunker, «el escenario —según palabras de H. R. Trevor-Roper— en que se desarrolló el último acto del drama nazi» (38).

Uno de los primeros actos del nuevo Krupp, como dirigente del imperio familiar, consistió en lanzar una proclama jactándose de la «gloriosa historia de las forjas de armas de Krupp», señalando «con orgullo» a los trabajadores, como «activos adherentes a la ideología nazi», y prometiendo «venganza contra los Aliados». Pero a semejanza de su Führer, Alfried tampoco deseaba ser víctima de algún trozo de metralla perdido. En consecuencia, reunió un equipo selecto de ingenieros y mineros, y lo envió a que construyeran un Kruppbunker debajo de Villa Hügel. Entre el 10 de agosto de 1942, cuando viajó a Prusia Oriental con el primer decreto que determinaba su soberanía, y su publicación en el Reichsgesetzblatt, un año más tarde, los Lancaster de la RAF lanzaron 6.929 bombas sobre Essen. Bertha y el príncipe consorte pasaron cada vez más tiempo en Blühnbach, pero el puesto de Alfried se hallaba en el Ruhr, y era natural que no quisiera perecer en un bombardeo (39).

Su escondrijo era muy singular. Aún hoy día una visita al bunker privado de Alfried resulta de gran interés, y tiene algo de misterioso. Se abre una puerta oculta en la biblioteca de la familia, y tras descender una empinada escalera se llega al Salón Chino, de laca roja y negra, con recuerdos sentimentales de la época de Gustav como diplomático en Pekín. Allí hay un verdadero laberinto de catacumbas, además de una gran bodega, una piscina de azulejos verdes adornada con mármoles en que aparecen temas de la época de Guillermo II. Después de recorrer un pasillo recubierto con baldosas blancas se llega a una formidable puerta en la que una inscripción en letras góticas reza: «LUFTSCHUTZBUNKER: 50 PERSONEN». Hoy el refugio antiaéreo ha sido cegado, ya que después de la guerra su existencia amenazaba los cimientos del castillo, pero veinticinco años antes la gran puerta conducía a otra empinada escalera de 120 peldaños, que el nuevo Krupp iluminaba tan sólo con una vela o una linterna. En el fondo, sin importar quién estuviera con él, permanecía en silencio, advirtiéndose su presencia sólo por el fulgor de un cigarrillo.

El fumar uno tras otro los cigarrillos era una señal de tensión nerviosa, en Alfried. Otra de estas señales era su creciente interés por el *skat*, una especie de *bridge* alemán, en el que un jugador se opone a dos contrarios, luchando, por así decir, en dos frentes distintos. (Otros devotos del *skat* fueron Adolf Eichmann y Guillermo I. Durante la mayor parte de la batalla de Verdún, S. M. jugó con la solitaria grandeza del Schloss Pless. Perdía casi siempre; en cambio, Alfried constantemente ganaba.) En los demás aspectos, sin embargo, el dominio de sí mismo que tenía Krupp era encomiable. Todas las mañanas, después de una cabalgata, se colocaba detrás del volante de su «Bayerische Motoren Werke» (EMW), un coche deportivo de color oscuro, y con todo cuidado se dirigía al trabajo, eludiendo los escombros producidos por el bombardeo de la noche anterior. Mientras sus secretarias barrían los cristales rotos del suelo de su despacho —en cuatro ocasiones hubo que reparar los marcos de los retratos de Hitler y de Alfred Krupp que colgaban juntos detrás del escritorio de Alfried—, éste recibía los informes de su Direktorium, que consistían generalmente en enumerar los destrozos

ocasionados en trenes de laminación, en las minas de carbón o en los tendidos eléctricos. Rápidamente daba órdenes para que se efectuaran las reparaciones; enviaba cuadrillas de sus mejores obreros a los talleres más importantes, o despachaba grupos de Kumpel con bombas de gran poder de succión a las minas; o bien daba instrucciones para que los trabajadores extranjeros y los prisioneros de guerra colaborasen en la reconstrucción, al tiempo que solicitaba nuevo equipo de las fábricas requisadas en los territorios ocupados.

Hacia las siete y media de la tarde, el espléndido «BMW» aparecía estacionado de nuevo ante Villa Hügel, y Alfried se aplicaba a atacar las reservas de whisky escocés del castillo. Durante la cena reflexionaba en silencio. Sus invitados nunca podían saber lo que estaba pensando, ni se daban cuenta de su talante, y como casi todos eran subordinados de Krupp, procuraban hablar en voz baja, echando cautas ojeadas hacia la cabecera de la mesa. La principal razón del aspecto preocupado del anfitrión eran los aviones enemigos. Cuando éstos se presentaban, lo hacían generalmente en el momento del coñac. Poco después de las nueve de la noche aullaban las sirenas, Krupp echaba una estoica mirada a su reloj —aquello, después de todo, era parte del negocio—, y entonces el anillo de cañones del 88, situado en torno al Ruhr y servido por 100.000 artilleros del Flieger-Abwehr-Kanone abría el fuego antiaéreo. No era posible confundir el sonido. Podía decirse que hasta se le veía, pues las copas que habían sobre la mesa comenzaban a vibrar. Se lanzaba tanto acero al cielo, que los pilotos aliados bautizaron al Ruhrgebiet con el nombre de «Callejón Antiaéreo».

Alfried podía decir exactamente cuándo la incursión alcanzaba su punto álgido, y cuando el zumbido de los aviones se hacía perfectamente audible, era capaz de adivinar el número de aparatos, su tipo y la altitud a que volaban. De todos modos, prefería verlo por sí mismo. Aplastaba entonces la colilla de su cigarro en el cenicero, y tras colocar su copa en un lugar donde, si se volcaba, no manchase el inmaculado mantel, conducía a sus directores hacia los cuidados jardines del exterior, y miraba al cielo serenamente, casi con indiferencia. Hasta los niños hubieran comprendido que lo indicado era correr a ponerse a cubierto; sobre sus cabezas, los negros Pathfinders (rápidos bimotores Mosquito de la RAF, enteramente de madera), se aproximaban primero, sembrando Essen de bengalas rojas y verdes, para señalar los blancos a los bombarderos Lancaster que venían después.

«Las bengalas caían formando cascadas, y si uno no se detenía a pensar en su significado, resultaban un hermoso espectáculo —recuerda el doctor Friedrich Wilhelm Hardach, que habitó en la colina durante los dos últimos años de la guerra—. Les llamábamos "árboles de navidad". Herr Alfried permanecía erguido, inmóvil, contemplando el espectáculo. Los demás, nos sentíamos muy nerviosos. Sabíamos que precisamente diez minutos más tarde los bombarderos estarían allí, y que lo que lanzarían no iba a resultar muy agradable. Pero no podíamos movernos hasta que "él" lo hiciera. A veces se quedaba en el mismo lugar bajo el *Blutbuche*, durante toda la incursión.» Pero más a menudo Alfried se encaminaba al refugio. Este hallábase a treinta y cinco metros por debajo de los cimientos del castillo, y tenía una salida independiente en uno de los jardines más alejados, para el caso de que la amplia mole del castillo se derrumbase bloqueando la puerta principal. Sin embargo, nadie dudaba de que Alfried era un hombre de valentía excepcional.

En cierta ocasión, una bomba incendiaria perdida inició un pequeño fuego en los alojamientos de los criados, situados sobre el gran salón de baile. Un lacayo apareció vestido en camisón, corriendo de un lado

para otro. Lo mismo hacían los miembros del directorio que se hallaban presentes. El rostro de Krupp solamente se contrajo en una de sus raras y sardónicas sonrisas. No demostró inquietud alguna; el peligro parecía no afectarle. Una vez que los Lancaster se hubieron marchado, recuerda uno de sus mayordomos, volvió tranquilamente a terminar su copa de coñac, y encendió otro Camel. Jamás permaneció despierto a causa del temor, como le hubiera ocurrido a su bisabuelo. Según las palabras de ese mismo mayordomo, «*Herr Alfried schlief immer ganz ruhig, wie ein Kind*» (herr Alfried siempre dormía tan apaciblemente como un niño) (40).

Aunque divorciado y separado del resto de la familia, ahora se hallaba probablemente rodeado de más amigos que en ninguna otra época, con excepción tal vez del período que pasó en la cárcel. Y eso debía agradecérselo a la RAF. Con los abrumadores triunfos de los primeros años, los funcionarios de Krupp parecían estar convencidos de que Goering había tenido razón, y que la Luftwaffe podía rechazar a los bombarderos enemigos. Por tal razón prepararon pocos refugios. Alfried, por su parte, pudo construir un eficaz bunker en el último momento, porque se llamaba Krupp. Pocos más tenían posibilidad de conseguir los hombres y los materiales necesarios. Y cuando los peores bombardeos comenzaron a principios de 1943, los altos empleados de Krupp se hallaron indefensos. Los directores que tenían familiares en el campo enviaron allí a sus esposas e hijos, desafiando la orden del Führer que prohibía a cualquiera salir del Ruhr. Hardach mandó su familia a una aldea situada al norte de Westfalia. Cuando la casa del doctor Paul Hansen sufrió el impacto directo de una bomba, en 1943, Hansen buscó refugio para su mujer a 155 millas de distancia del Ruhr. Otro directivo tuvo que combatir dos fuegos causados en su hogar por bombas incendiarias. Al fin, su casa, que estaba a una manzana de Altendorferstrasse, resultó derruida, por lo que envió sus familiares a la estación, para que salieran cuanto antes en tren de allí. El doctor Hermann Hobrecker llevó en el coche a su esposa y sus hijos a casa de su suegro, en Wiesbaden, donde paradójicamente sufrieron bombardeos, mientras la casa de Hobrecker en Essen sobrevivía a los días de guerra (41).

La evacuación era generalmente un privilegio de los altos dirigentes. A los trabajadores les resultaba prácticamente imposible conseguir permisos para viajar. Los artesanos de las colonias de Schederhofstrasse, Swanenkamp y Segerhothstrasse perecían entre las ruinas, o se defendían en sus pobremente acondicionados sótanos. Aquellos barrios siguen desolados aún en nuestros días. Las cifras de Krupp demuestran que de las 32.013 casas de obreros propiedad de la firma durante el comienzo de la contienda, 13.388 resultaron totalmente destruidas, y 16.117 fueron gravemente dañadas. Essen estaba cubierto de ruinas. Unos pocos influyentes consiguieron autorización para reparar sus viviendas, ya que Albert Speer y Robert Ley a menudo permanecían en el Essener Hof, en un piso que el gerente hizo reforzar especialmente con hormigón en 1943. De todos modos, el cemento para la reforma no llegó al hotel hasta que éste fue alcanzado tres veces por las bombas (42).

Al saber que buena parte de los directivos de la empresa se veían obligados a vivir como solteros sin hogar, Bertha comenzó a pedirles que se trasladaran a las habitaciones como invitados del castillo, y más tarde incluso a las alcobas que habían sido de los niños. Alfried extendió esta política. No era ningún sacrificio, ya que gran parte del castillo no se utilizaba, y desde la época de Anneliese la *Kleine Kaus* estaba desocupado. De esta forma, Alfried tenía como compañeros para sus partidas de *skat*, a los invitados a las cenas que no podían alegar excusas familia-

res, y compañía cuando los centinelas de los cañones del 88 telegrafiaban que se acercaban los fuegos artificiales. Además, podía hablar de negocios con el Direktorium después de la cena. Si algún miembro del consejo se veía aquejado por algún problema particularmente intrincado, él y el Konzernherr podían solucionarlo durante el desayuno, o mientras se trasladaban en coche al centro de la ciudad, poco más tarde. Y en caso de que el edificio principal de la administración resultase destruido, el imperio de Krupp podría dirigirse desde el castillo.

El Hauptverwaltungsgebäude nunca se vino abajo. Su perdurabilidad resulta asombrosa. Las cuatro manzanas que le rodeaban quedaron reducidas a escombros, y el puente que comunicaba la sección de artillería de Alfried con el edificio principal, yacía sobre la calzada; pero a pesar de algunas grandes grietas, en unos casos capaces de permitir el paso de un hombre, las horrendas paredes se mantenían en pie. Como arquitecto, Gustav demostró un pésimo gusto, pero la construcción del edificio no podía ser más sólida. La edificación fue alzada sobre una sola base de hormigón, y permanecería incólume mientras esa base se mantuviese intacta. A decir verdad, la RAF había hecho una dura prueba de la vida en el Hauptverwaltungsgebäude. Fritz Tubbesing, un veterano de Koch und Kienzle, tenía la misión de hacer habitable el edificio. Fritz era un Kruppianer con recursos, y las dificultades del rearme secreto le resultaron sencillas de solucionar. Pero aquel edificio, como admitió posteriormente, podía más que él.

En cuanto llegaban los Lancaster, Tubbesing, consciente de su deber, abandonaba a su esposa y sus hijos y corría al Hauptverwaltungsgebäude, situado a tres millas de distancia, en la esperanza de salvarlo. «Y en todas las ocasiones —manifestó posteriormente—, me preguntaba si [mi familia] estaría allí cuando regresara.» Este relato es característico de todos los que permanecían en la sufrida ciudad. Una y otra vez la casa de Tubbesing se vio afectada por las explosiones. Durante 1943 y la primera mitad de 1944, la reparó con chapas de cinc. Habiendo encontrado un carpintero Kruppianer que había quedado sin hogar después de un bombardeo, Tubbesing le cedió una habitación a cambio de sus servicios. El techo de la casa estaba destrozado, y entre los dos lo repararon. Una vez más se esfumó, y de nuevo lo rehicieron. Luego, durante el gran ataque que la RAF llevó a cabo los días 23 y 24 de octubre, cuando 4.522 toneladas de bombas fueron lanzadas sobre Essen, el techo, las paredes y el suelo de la casa desaparecieron. Fritz decidió presentar su caso ante la administración, al día siguiente, pero supo que en esa misma noche ocho trenes laminadores de planchas, siete talleres de máquinas, seis fundiciones y otras factorías habían quedado destruidas. Esto hizo que *Die Firma,* desalentada, cerrase sus libros y no llevase cuenta en lo sucesivo de los daños producidos durante los bombardeos (43).

Durante ese mismo mes, según el mariscal de la RAF sir Arthur Travers «Bombardero» Harris, el tonelaje de explosivos lanzado por los aviones británicos fue el doble que en cualquiera de los meses anteriores. El blanco principal de los comandos de bombardeo eran el Ruhr y Renania. Los dirigentes de Alemania se hallaban lógicamente preocupados ante esta situación. En 1914 la patria había perdido la primera batalla del Marne, con tal de proteger su gran yunque; ahora, con una poderosa aviación, el enemigo encontró una nueva forma de amenazar la zona. Las memorias de Goebbels reflejan la ansiedad oficial. El 13 de marzo de 1943, dictó: «A últimas horas de la noche nos llegó otra incursión aérea terriblemente dura a Essen. Esta vez la fábrica de Krupp resultó muy dañada. Llamé por teléfono al Gauleiter delegado Schlessmann, el cual me suministró un informe desalentador. Veinticinco incendios de gran

magnitud se habían declarado, sólo en las fábricas de Krupp. La guerra aérea es en estos momentos nuestra mayor preocupación... Las cosas no pueden seguir de este modo. El Führer debe decir a Goering lo que piensa, sin morderse la lengua. Se espera que Goering haga ahora algo decisivo.»

Pero el Reichsmarschall no lo hizo, porque no podía. Una semana más tarde, Goebbels anotó: «Aun cuando las manifestaciones de que Krupp está en un 80 por ciento destruido resultan terriblemente exageradas, no obstante debemos esperar serias disminuciones en la producción.» En mayo comentó sombríamente: «La fábrica de 800 acres de Krupp ha sido bombardeada desde el aire cincuenta y cinco veces...» Y agregó el 28 de julio: «La última incursión provocó casi el ciento por ciento de detenciones en la producción de los talleres de Krupp. El propio Speer está muy preocupado por el asunto.» (44).

De haberse limitado la RAF a bombardear las fábricas de armas de Krupp —Essen fue un campo exclusivamente británico, ya que la fuerza aérea norteamericana nunca atacó la ciudad—, su conducta no habría sido objeto de reproches. Pero el bombardeo es una actividad poco clara. En Nuremberg, un capellán belga, que se hallaba prisionero en Essen, describió los ataques sobre mujeres y niños como «totalmente caóticos», y cuando un abogado de Krupp habló duramente de «la fase final de la guerra, durante la cual Essen se vio transformado en un campo de batalla, y por fin en un montón de basura», el acusador tomó asiento en silencio, evidentemente turbado.

Las impresiones inmediatas de Goebbels son reveladoras. El 10 de abril de 1943, apareció en Essen para realizar una inspección personal, y su reacción fue la del nazi eficaz y objetivo: «Llegamos a Essen antes de las siete de la mañana. El Gauleiter delegado Schlessmann y una gran comitiva nos esperaban en el Hauptbahnhof. Vamos a pie al hotel, debido a que conducir en coche es imposible por muchas partes de Essen. Esta caminata nos permite apreciar el daño infligido durante las últimas tres incursiones aéreas... Los peritos en construcción del Stadtbehörden calculan que se tardarán unos doce años en reparar los destrozos.» (45).

Trató con Alfried acerca de trasladar la Gusstahlfabrik a cualquier otra parte, y terminó diciendo: «No habría ninguna ventaja en ello; por el momento Essen no es ya el centro industrial que buscan los ingleses, que atacarán las ciudades próximas, como Bochum, Dortmund o Düsseldorf. La posición debe mantenerse tanto tiempo como sea posible.» Todo esto se declaraba con fría sinceridad. Sin embargo, detrás de la demoníaca superficialidad de Goebbels surgen recuerdos de su niñez, como hijo de un capataz de la cercana ciudad industrial de Rheydt. Una vez que hubo elogiado en su escrito, tanto al anciano como al joven Krupp, entra Goebbels en un terreno más familiar. «Sólo realizando semejante viaje puede uno realmente apreciar los daños —escribió—. Era algo terrible. Se le estremecía a uno el corazón el volver a visitar el lugar y ver en las actuales condiciones las calles y las plazas que un tiempo eran tan hermosas. Sufro casi físicamente ante ese espectáculo, ya que he conocido bien la ciudad de Essen durante mi niñez, y puedo hacer comparaciones entre lo que era y lo que es ahora.» Goebbels sentía deseos de llorar al hacer esa comparación (46).

Pero no lloraba Goebbels por las fábricas derruidas, aunque comprendía que eran un desdichado asunto. Lo que más le conmovía eran los hogares arruinados, los parques desolados, los civiles tullidos. Y al mencionar esto entramos en uno de los temas más debatidos de la guerra.

Los hechos fundamentales no admitían discusión. Al comienzo eran triviales, como al final de una nota señalaba Alfried a un subordinado: «Durante la acción del enemigo el 13 de enero de 1943, el almacén de Altenessen quedó destruido en parte. Sin embargo, las ropas que aún estaban en buenas condiciones fueron salvadas en su mayor parte.» (47).

Por entonces las incursiones eran aún poco importantes. Los ataques más duros comenzaron en la siguiente primavera. Su objetivo principal era aterrorizar a la población alemana. En los informes suministrados a la Prensa después de la primera incursión de un millar de aparatos —realizada sobre Colonia—, el comando de bombardeo declaró que habían sido destruidas 250 fábricas, pero las fotografías demuestran claramente que el centro de Colonia había sido el objetivo principal. Entre 14.000 y 15.000 personas habían muerto en la carnicería. Los ingleses procuraban liquidar a los habitantes, no a la industria.

El siguiente blanco de otro millar de bombarderos fue Essen. Una vez que la misión se hubo cumplido, Winston Churchill prometió a los Comunes que Alemania «quedaría sometida a una pesadilla como la que ningún país había experimentado en continuidad, dureza y magnitud». En una nota dirigida a Stalin, el primer ministro era igualmente claro, y explicaba: «Enviamos 348 bombarderos pesados a Essen, el sábado, los cuales lanzaron 900 toneladas de bombas a fin de incrementar los daños de Krupp, que fue otra vez alcanzado eficazmente, y para destruir la parte sudoeste de la ciudad, que anteriormente había resultado poco dañada.» No podía ignorar Churchill que los suburbios del sudoeste de Essen —Fulerum, Haarzopf, Frohnhausen y Holsterhausen— eran totalmente residenciales. Comprendiendo que ello contentaría al dictador ruso, Churchill agregó que un segundo ataque se llevó a cabo contra el Germaniawerft: «Anoche 507 bombarderos, todos los cuales eran pesados, excepto 166, lanzaron 1.400 toneladas sobre Kiel.» (48).

Kiel sólo era un punto accesorio. Después de la guerra, sir Arthur Harris admitió que el Comando de Bombardeo había decidido saturar el Ruhr, concentrándose en «la completa destrucción de cuatro ciudades del Ruhr», y las estadísticas recogidas por la *Información de Bombardeo Estratégico de Estados Unidos* no dejan la menor duda de que ésos eran todos vitales centros de aquel cinturón de ciudades amuralladas que habían rodeado el Ruhr desde la Edad Oscura, siendo Essen la hebilla fulgurante. En efecto, Essen y Dortmund fueron las poblaciones que padecieron más. La destrucción en Bochum, Duisburg, Düsseldorf y Hamm fue menos estremecedora. Durante las grandes incursiones aéreas, las industrias pesadas sufrieron relativamente poco. Los verdaderos blancos eran los hogares y los almacenes. La evidencia era demasiado clara como para que resultara sencillamente casual. De acuerdo con el boletín de *Información* antes mencionado, «el 24 por ciento —cerca de una cuarta parte del tonelaje lanzado, y casi el doble de las bombas arrojadas contra todos los blancos fabriles en conjunto—, fue lanzado durante ataques a grandes ciudades... Por su capacidad destructora, esas incursiones superaron ampliamente a cualquier otra forma de ataque» (49).

A decir verdad, los británicos habían sido provocados. Durante la caída de Francia, la impotencia de la RAF llegó a ser casi insoportable. Con excepción de algunas incursiones solitarias realizadas el 10 de mayo y el 16 de junio de 1940, en que se lanzaron 51 bombas en total, Krupp casi no sabía que existiera el enemigo. William L. Shirer estuvo en el Ruhr aquella primavera, y la claridad del cielo por la noche le maravilló. El 19 de mayo escribió en su diario: «Los bombardeos nocturnos de los ingleses han causado daños mínimos.» Más tarde, esa misma jornada, observó que la RAF no sólo «no había puesto al Ruhr fuera de combate,

Bertha y Gustav con sus hijos.
Arriba: En 1931, durante las Bodas de Plata de la casa Krupp. Desde la izquierda, Berthold, Irmgard, Alfried, Harald, Waldtraut, Eckbert y Claus.
Abajo: En 1940. Desde la izquierda, de pie, Berthold, Claus, Harald; sentados, Waldtraut, Eckbert, Alfried e Irmgard.

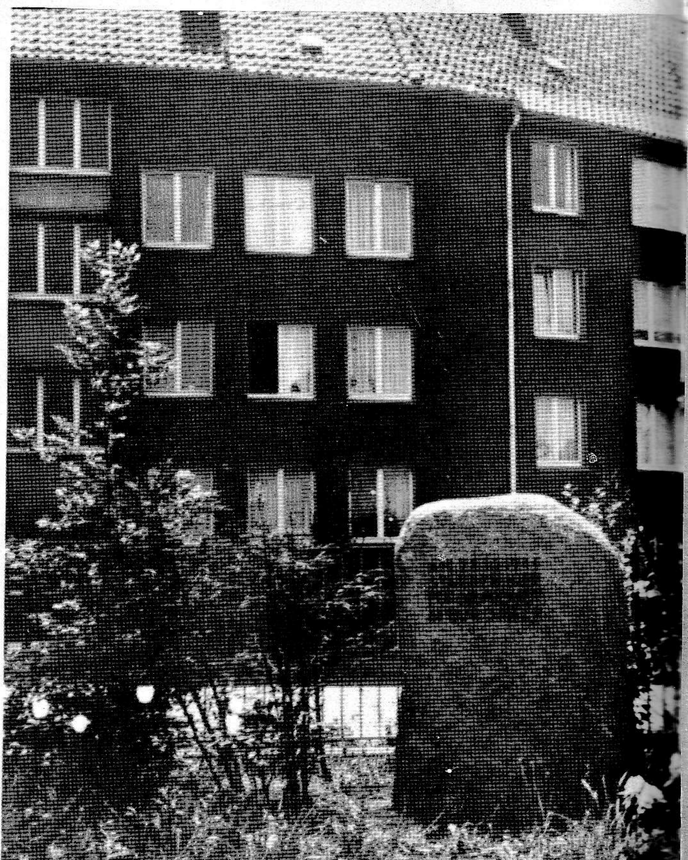


Izquierda: Alfried felicita a Hitler al cumplir éste los cincuenta años, el 20 de abril de 1939. *Derecha*: En compañía de Gustav, admiran el regalo de cumpleaños de la familia al Führer.

Reunión de camaradas en Hügelschloss en 1942. A la izquierda, Hitler y Mussolini A la derecha, Gustav y Alfried . En el centro, Goebbels y la jerarquía nazi.



Cuartel general de Alfried Krupp en tiempos de guerra en el 141 Boulevard Haussmann, París.





Edificio de la administración de la firma Krupp.

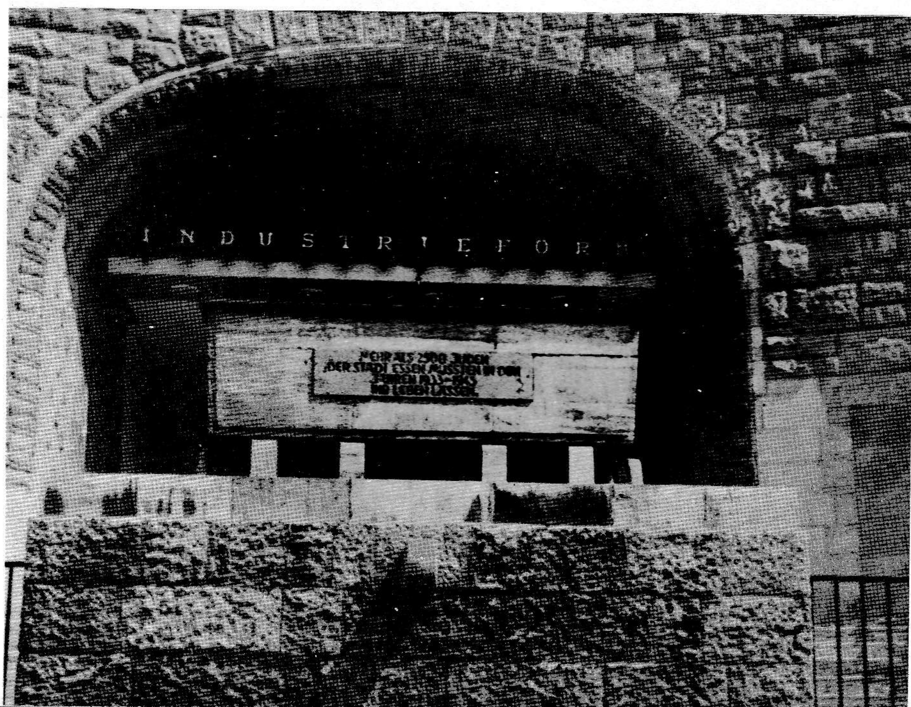


Monolito en recuerdo de los sesenta y un esclavos de Krupp que murieron en el campo de concentración de Dechenschule, de la empresa, durante el demoledor bombardeo del 23-24 de octubre de 1944.

Dos vistas del Hauptverwaltungsgebäude. *Arriba*: Vista aérea. A la izquierda, adviértase el mirador del despacho de Gustav. *Abajo*: El edificio rodeado de escombros, después del 52 y último bombardeo de la RAF sobre Essen.



Arriba: Sinagoga de Essen anterior a la guerra, ahora exposición de los productos Krupp. *Abajo*: Féretro simbólico a la entrada de la sinagoga, en memoria de los dos mil quinientos judíos de Essen que murieron entre 1933 y 1945.



sino que ni siquiera había destruido los campos de aviación alemanes». El 16 de junio, otro párrafo señalaba que «en el Ruhr hay escasa evidencia de los bombardeos nocturnos británicos». Pero esta frustración fue seguida por los bombardeos de Londres. «Aquel que prende fuego a la casa de su vecino, no puede quejarse si las chispas caen en su propio techo.» Este proverbio es alemán, pero el Comando de Bombardeo británico lo adoptó como propio. Los nazis habían comenzado aquella atroz forma de hacer la guerra. Ahora debían conocer el sabor de la venganza (50).

Los militares son profesionales, sin embargo, y si bien la venganza es comprensible para el lego, para ellos carece de la debida dignidad. En consecuencia se aplicaron a lo que dieron en llamar «la más alta estrategia». Los partidarios del bombardeo estratégico están entre nosotros desde hace medio siglo, desde el Argonne hasta Vietnam. Y la Segunda Guerra Mundial fue la época dorada de su credo. Para ellos, esta solución es el único camino que lleva a la victoria. Así de sencillo resulta: destruir la capacidad de una nación para hacer la guerra, y deberá pedir la paz. Este dogma posee una sutil ventaja sobre el enfrentamiento directo, y es que las gentes del propio bando quedan relativamente a salvo. Y lo más importante de todo es que nunca se ven los resultados verdaderos de su trabajo hasta que el enemigo se ha rendido. Las fotografías de reconocimiento resultan impersonales, deshumanizadas, y la escala es demasiado reducida como para apreciar, por ejemplo, el cadáver ensangrentado de un niño. De este modo la guerra se convierte casi en un ejercicio intelectual. Así considerada, la aniquilación de los embalses de Mohne y Eder —situados veintidós millas al este de Essen—, en la noche del 16 de mayo de 1943, toma el aspecto de un hecho destacado. Dieciséis Lancaster bajo el mando del comandante de escuadrilla Guy Gibson lanzaron las bombas con toda destreza sobre las presas, abriendo brechas de un centenar de metros de anchura y unos treinta metros de profundidad. Inmediatamente 334 millones de toneladas de agua avanzaron arrolladoras por el valle del Ruhr. El efecto de esta oleada se sintió cincuenta millas más lejos, y durante todo el verano la línea de ferrocarril que pasaba cerca de Villa Hügel permaneció inundada. Nadie ha intentado calcular los muchos millares de personas que murieron aquella noche ahogados, mientras dormían. Ni siquiera se ha hecho esa pregunta. El historiador oficial de Vickers describe simplemente la operación como «uno de los más ilustres episodios en la historia de la Fuerza Aérea» (51).

Resulta concebible que la hazaña del comandante de escuadrilla Gibson afectase el potencial militar del Reich, ya que algunos puentes fueron volados, y quedaron inundados los suelos de unas pocas fábricas, pero ese no era el propósito de la ofensiva aérea de sir Arthur. La parte urbana del Rhur estaba siendo demolida, según el propio mariscal, «con el fin de hundir la moral alemana». Los comentaristas del *Informe* escribieron: «Se cree que los ataques a la ciudad ofrecían un medio de destruir la moral civil alemana. Se consideraba que si se llegaba a afectar el ánimo de los trabajadores industriales, o si los obreros dejaban las fábricas con otros propósitos, como el de cuidar de sus familias, o reparar los daños de sus hogares... la producción de guerra resultaría afectada.» (52).

El fracaso de estos teóricos fue total. Harris ofreció posteriormente la explicación de que el Comando de Bombardeo alcanzaba rápidamente un punto de saturación: «Los daños posteriores efectivos sólo pueden realizarse, en las ciudades ya devastadas... mediante un enorme gasto de bombas, unas cuatro o cinco mil toneladas durante un solo ataque, y a veces hasta diez mil toneladas en dos ataques casi inmediatos.» Pero en Essen se logró este estremecedor total en dos ocasiones, y como admitió Harris al fin, «la moral del bombardeo era completamente inefi-

caz contra un Estado policíaco tan bien organizado como el alemán». Los autores del *Informe,* entre los que se hallaban comprendidos George W. Ball, John Kenneth Galbraith y Paul H. Nitze, concluían afirmando que «la reacción mental del pueblo alemán a los ataques aéreos es significativa... demostraron una sorprendente resistencia al terror y a la dureza de los repetidos ataques aéreos, a la destrucción de sus hogares y pertenencias, y a las condiciones en que se veían obligados a vivir». Y no sólo resistieron, sino que se mostraron desafiantes. Todas las mañanas, cuando Alfried descendía en coche desde su castillo hasta la administración, veía sobre los muros que aún quedaban en pie, esvásticas y círculos de Krupp recientemente dibujados con tiza (53).

El Estado Mayor de la RAF se hallaba perplejo con la leyenda de la Gusstahlfabrik. Casi resultaba imposible para Londres apartar sus ojos y examinar los talleres de Alfried en cualquier otra parte. A decir verdad, el *Waffenschmiede* seguía siendo el corazón del Konzern, y producía anualmente 20 millones de toneladas métricas de proyectiles, cañones antiaéreos de 128 mm, obuses, chasis y torrecillas de carros de asalto, y cañones pesados de 380 mm, y de 240 y 280 mm. Y sin embargo, ésa era sólo la capital del imperio de Krupp. Pero la empresa ofrecía también otros blancos tentadores. Su Grusonwerk, en Magdeburgo, por ejemplo, producía incansablemente tanques, piezas para submarinos y cañones de 88 y 105 mm. Todos los meses entregaba 18.800 proyectiles de 75 mm a la Wehrmacht. Los Lancaster también pasaban directamente sobre la fundición Borbeck, de Alfried —la fábrica de municiones más moderna de Alemania—, cuando se dirigían a bombardear el Ruhr. Bajo los techos de Borbeck se hallaban 75.000 toneladas de maquinaria flamante, mil millas cuadradas de valiosos terrenos, y 60.000 Kruppianer que convertían los minerales más ricos de Escandinavia en tanques Tigre. Por fin, las relucientes forjas de la poderosa Friedrich-Alfred Hütte, en Rheinhausen, al otro lado del Rhin justamente, resultaba más vital para la economía de guerra del Führer que la Gusstahlfabrik, el Grusonwerk o Borbeck. El *Informe* terminaba diciendo que Rheinhausen era «la factoría de acero más altamente integrada del consorcio de Krupp... es más importante que cualquier otra fábrica de Krupp en la zona de Essen» (54).

De haber sido desapasionados los oficiales comandantes de los departamentos de guerra de Londres, todo esto se hubiera reflejado en el número y poder de las incursiones aéreas británicas. Pero no ocurrió así. Los Lancaster lanzaron otras 1.465 toneladas de bombas sobre Magdeburgo. «El daño —concluía el *Informe*— fue inapreciable.» De los ataques realizados contra Borbeck, se sacó en consecuencia que «sólo uno» parecía haber afectado a la fábrica de Borbeck. Y lo más asombroso es que menos de 100 toneladas de bombas fueron lanzadas sobre los 1.500 acres de hornos de coque, de altos hornos, convertidores Thomas y trenes de laminación. En realidad, «no hay pruebas de que alguna bomba, de las antedichas 76 toneladas lanzadas sobre Rheinhausen, alcanzase la fábrica». Mientras tanto, la antigua fábrica de acero colado soportaba un aluvión de 16.152 toneladas de bombas, y en esto no se incluye la última incursión ordenada por Harris, que fue de tal magnitud que nadie se preocupó por llevar la cuenta.

Después de la guerra se ofrecieron excusas. En cuanto a los alemanes, trataron de ser más astutos que la RAF, pero como entre las prerrogativas de los vencedores se incluye el derecho a escribir la historia militar, los cronistas llegaron a una ingeniosa solución: «Los administradores de Krupp consideraron a Krupp-Essen como un señuelo, durante los bombardeos de 1943 y 1944, ya que se había terminado allí la función primordial de crear el equipo para esta guerra, mucho antes de que

comenzasen las duras incursiones.» Es indudable que la Gusstahlfabrik obró como señuelo, pero la ilusión nació en Gran Bretaña, no en el Ruhr. Harris y sus ayudantes pretendían vengarse, y lo consiguieron (55).

Era de presumir que la saturación de bombardeos asestara a la larga un duro golpe contra *die Firma*. El impacto se dejó sentir, indudablemente, ya que en un solo ataque volaron 25 acres de cobertizos, y 37 en el siguiente. Ese no era el triunfo de la puntería, pues a los bombarderos les era casi imposible errar. Krupp tenía seis millones de yardas cuadradas de fábricas en Essen; es decir, una superficie siete veces mayor que el centro de la ciudad, y al terminar la guerra el 30 por ciento de este espacio había sido demolido. La incursión del 23 al 24 de octubre destrozó los tendidos eléctricos generales; el asalto final del 11 de marzo de 1945 paralizó la Gusstahlfabrik. Según los archivos de la administración, las producciones se resentían después de los ataques más duros, y el efecto se hacía sentir en los Kruppianer, asimismo. Durante 1944 el ausentismo llegó al 33 por ciento. Mientras tanto, de los 3.189.000 personas que vivían en el Ruhr interior, de las cuales 2.300.000 se hallaban en las seis ciudades más grandes, se hallaron envueltas en el torbellino. Pero no todos alzaban el puño contra el cielo. Si no podían marcharse de allí, al menos podían crear confusión. De acuerdo con las cifras que obtuvieron los británicos, y que han sido comprobadas, entre el principio y el fin de 1944 la producción carbonífera en el Ruhr descendió de 32,1 millones de toneladas a 17,8; y el acero bajó de 3,4 millones de toneladas a 1,5 (56).

De ser así, esto parece dar en parte la razón al Comando de Bombardeo. Pero las cifras son engañosas, y puede hacerse con ellas lo que se quiere. Las estadísticas de los talleres dañados no revelan el inmenso poder de recuperación de Alfried, que incesantemente se aplicaba a reconstruir lo destrozado. La Gusstahlfabrik resultó dañada, admitió el *Informe*, «pero como blanco de bombardeo, indudablemente recibió más atención de la que justificaba su importancia». El lanzar una bomba sobre un taller no quiere decir necesariamente que se destroce, aun cuando se haga blanco directo en él: «Muchas de las antiguas edificaciones de ladrillos resultaron totalmente demolidas, pero las de moderna armazón de acero apenas sufrieron algunos daños en el techo.» (57).

El mayor golpe contra el orgullo del Comando de Bombardeo les fue asestado por los oficiales del servicio de Inteligencia aliado, que más tarde obtuvieron los documentos con las cifras de producción de guerra del Ruhr. Lo que no habían esperado los partidarios del bombardeo estratégico, y que desde entonces han estado tratando de explicarse, es que se produjera un *aumento* de rendimiento durante las épocas de bombardeos más fuertes. Y sin embargo, esto es lo que ocurría. Las «serias interrupciones» que Goebbels había anticipado, nunca llegaron a producirse. Más tarde, Willi Schlieker —el hombre número tres en el Ministerio de Armamento y Producción de Guerra, después del propio Speer y de Karl Otto Saur— reveló una vez concluida la contienda que «conforme aumentaban los bombardeos, igualmente iba creciendo la producción alemana, y hasta la misma víspera de la derrota, en que Alemania se derrumbó, el Ruhr estaba produciendo más que nunca».

Schlieker recordó que Hitler le había dicho a Speer: «Proporcióneme seiscientos tanques por mes, y aniquilaremos a cualquier enemigo del mundo.» El Generalstab, dijo Willi, se hizo eco del Führer: «600 tanques al mes; 600 era la cifra mágica. A fines de 1943 Alemania estaba produciendo 1.000 tanques mensualmente... En noviembre de 1944, cuando los Aliados ya habían abierto la primera brecha en suelo germano, Alemania construía 1.800 tanques por mes. Esta producción aumentaba. Mediado

el año 1944, la fabricación de aviones llegó a su apogeo, con 3.750 aparatos al mes.» (58).

A pesar de la disminución de materias primas de guerra (que habría sido fundamental, de haberse prolongado la contienda), el Ruhr seguía logrando nuevas marcas a pesar de que los aviones enemigos seguían recortándose contra las estrellas, y que las compuertas de los bombarderos continuaban abriéndose amenazadoras. En 1944 los Schlotbarone entregaron tres veces más planchas de blindaje que en 1943, triplicaron las reservas de bombarderos de combate de la Luftwaffe, y elaboraron *ocho veces* más cazas nocturnos. No sólo 1944 fue un año de producción enormemente mayor que 1942, sino que en muchos aspectos el último trimestre de 1944 constituyó una mejora respecto al primer trimestre. El Feldmarschall Walther Model aún tendría en su poder el Ruhr, de no haber fallado los transportes. Sus líneas de suministro se desintegraron porque la red ferroviaria era un caos. Schleiker manifestó a los expertos norteamericanos de bombardeo que el Ruhrgebiet «se derrumbó al final, no a causa del bombardeo de las fábricas, de los talleres y minas, sino debido a que los puntos clave ferroviarios se hallaban atascados por las voladuras, derrumbes y restos de locomotoras incendiadas, con lo que no podían transportarse las 30.000 toneladas de productos manufacturados que el Ruhr fabricaba diariamente. En consecuencia, el Ruhr llegó a quedar estrangulado, entre enero y febrero de 1945, por su propia producción; pero no se hundió debido a los bombardeos» (59).

Al juzgar la eficacia de lo que sir Arthur alabó como el «tercer frente», no se puede dejar de lado el aspecto moral de los bombardeos dirigidos contra mujeres y niños (así como contra los campos de concentración de prisioneros de guerra aliados), hecho que para algunos críticos, comprendidos varios ingleses destacados, resulta difícil de disculpar. El general de división J. F. C. Fuller, el más vehemente de todos, llamó a la ofensiva del aire «un exterminio de la población civil». Chester Wilmot escribió que «en ciudades como Colonia y Essen, no quedó nada que pudiera ser quemado, y las bombas demoledoras, que causaron tanto desastre cuando los edificios estaban intactos... hicieron poco más que sacudir los escombros». Por su parte, B. H. Liddell Hart comparó «la alta estrategia» como los métodos utilizados por los mongoles durante el siglo XIII. El mariscal de la RAF, molesto por tales críticas, replicó que «en toda guerra normal del pasado, y de épocas no muy lejanas, era práctica común el asedio de las ciudades, y si éstas se negaban a rendirse cuando se les pedía con las debidas formalidades, todo ser viviente que había en su interior era pasado por las armas». A esto repuso el general Fuller, con aspereza, que la idea de sir Arthur de la historia era tan inadecuada como sus bombardeos. Si bien treinta mil personas fueron exterminadas en Magdeburgo durante la Guerra de los Treinta Años por ignorar la demanda de Tilly de capitulación, señaló Fuller, toda la Cristiandad había protestado ante semejante acto, y aunque las tropas británicas fueron culpables de «lamentables excesos» después de entrar en Badajoz, Wellington les hizo objeto de una severa reprimenda. Durante los siglos XVIII y XIX muchas ciudades habían sido tomadas por asalto, pero las atrocidades deliberadas no habían sido más que una excepción. Inglaterra, insistió Fuller, se veía ahora condenada por su propia conciencia (60).

Pero éstos eran asuntos a tratar entre hombres de honor. Los nazis habían prohibido a los demás el derecho de que les juzgaran. Según observó Hannah Arendt dos décadas más tarde, «la saturación de bombardeos de las ciudades alemanas» era «aun la excusa principal para matar civiles», a pesar de que el exterminio de los nazis había comenzado

mucho antes (61). Alfried no ofreció excusa de ninguna especie, por su parte. Tanto en la derrota como en el triunfo, era *Sachlichkeit.* Resultaba imposible conmoverle. En Villa Hügel, en su mayoría incólume, la enloquecedora rutina continuaba de una estación a otra, sostenida por la desesperada convicción de que, aparte las apariencias, el Führer debía de saber lo que estaba haciendo. Los directivos que ocupaban las habitaciones de invitados y la *Kleine Haus* no podían pensar otra cosa. Por consiguiente, se convencieron ellos mismos de que la suerte de Alemania cambiaría dentro de poco.

Fue como en una obra de Brecht. En un día de diciembre, una incursión de bombarderos Lancaster decidió aprovechar la ventaja que suponía el fulgor del atardecer y se presentó cuando estaban sirviendo el aperitivo. Alfried no quiso salir a contemplar el espectáculo. Era evidente que se hallaba hastiado de los «árboles de Navidad» que chisporroteaban en el cielo, y, por otra parte, afuera hacía bastante frío. La cena aún no estaba dispuesta, y Alfried tenía aire de estar contrariado. Una vez sentados a la mesa, el mayordomo hizo algo imperdonable: sirvió un mosela con la carne. Alfried echó una glacial ojeada al pálido contenido de su copa y preguntó qué había ocurrido con los vinos tintos. El mayordomo explicó que se había producido un pequeño incendio en los alojamientos de los criados. Krupp alzó las cejas, impaciente. ¿Qué tenía que ver el fuego con *der Wein?*

Con tono indeciso, tartamudeando, el mayordomo repuso que una bomba había alcanzado una tubería principal, y el castillo estaba sin agua. La frente del dueño del castillo cada vez se arrugaba más. Entonces, inquirió, ¿cómo pudieron dominar el incendio? El desdichado sirviente murmuró: «Con el *Châteauneuf-du-Pape.*» Alfried se le quedó mirando incrédulo, y luego, como si se tratara de un miembro del Reform Club, repuso: «*Nicht möglich! Extraordinär. Das ist aber wirklich zu viel*» (Caramba, extraordinario. Realmente, esto es algo notable.) Luego jugueteó con un tenedor y una cuchara de oro macizo, y a continuación, con gesto solemne probó el vino. «*Ach so, er ist gut*», dijo flemáticamente. La cena continuó sin más incidentes, y a ella siguió una partida de *skat,* que Alfried ganó con facilidad (62).